

LOS JUEGOS DE LA INFANCIA

BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LA EDUCACION.

(Páginas de un libro inédito.)

I

Engañados por los coquetones halagos de la frivolidad, se ha acostumbrado la mayoría de los individuos que componen nuestras cultas sociedades, á mirar con indiferencia muchas cosas que deberíamos considerar seriamente, y como lo que en puridad son, como muy importantes y dignas de ser atendidas.

Aunque para algunos paladares intelectuales la proposición tenga cierto saborcillo á paradoja, diremos que los juegos de los niños se encuentran en semejante caso, pues que pasan desapercibidos para el comun de las gentes, no obstante tener un profundo sentido y una alta significación. Y á despecho de los que, por no incurrir en el feo vicio de pensar, lo toman todo á beneficio de inventario, hay que convenir con el ilustre Montaigne, «en que el juego es una de las acciones más serias de la niñez,» y también una de las manifestaciones de la vida infantil que las madres deben tomar más á pecho.

Parece mentira que la curiosidad femenina que todo lo escudriña; que lleva á las mujeres á sondear con afanosa diligencia hasta el pliegue más inocente del vestido de otra mujer; á medir con rápida y maliciosa mirada el traje de un hombre, desde las puntas de las botas hasta la copa del sombrero, y á investigar con la atención y la seriedad del más ferviente naturalista todos los rincones de un escaparate de modas;—parece mentira, decimos, que esa curiosidad tan característica del sexo bello, no logre que las madres

se fijen con más frecuencia y con mayor intención y sentido que lo hacen, en los juegos de sus hijos.

Indudablemente que para las madres este asunto de los juegos infantiles es un tema encantador, que siempre que lo tratan ú oyen tratar, les trae á la memoria recuerdos deliciosos; pero no es ménos cierto que (hablamos en tésis general) no lo miran con toda la atención que debieran, ni sacan de él todo el partido que puede y debe sacarse.

Hasta es muy frecuente que, olvidando que el juego es una inclinación instintiva á que los niños no pueden sustraerse cuando gozan de salud (y esto es lo ménos que respecto de este tema es dado saber) se afanen algunas madres, valiéndose no pocas veces de medios nada suaves, por ahogar en sus hijos esa providente actividad, que á la vez es una necesidad fisiológica de la vida infantil.

Apresurémonos á declarar que contra estas ciegas manifestaciones del *mal humor* de las madres, protesta de continuo el *instinto materno*. Estas protestas son, aunque tardías, muy elocuentes, siquiera las arranque un sólo aspecto de los varios que pueden y debieran inspirarlas á una buena educadora de sus hijos.

El instinto materno es, en efecto, el que proyecta esas sombras de amarga tristeza, nacidas de un vago y siniestro presentimiento, de que se cubre el rostro de una madre cuyo hijo se retrae habitualmente del juego, que es la manifestación más completa y bella de la vida del niño, y lo que más hace nacer en éste la alegría, que á su vez es el alma de todas las acciones infantiles, y, como dice el doctor Fonssagrives, un admirable medicamento para los niños.

El instinto dice á las madres que al niño que no juega le falta algo, le falta vida: de aquí que miren apesadumbradas y como presas de mortal congoja al hijo que no quiere jugar, pues temen, y con razón, por una existencia en la que no se manifiesta el juego, signo inequívoco y natural del vigor y de la lozanía.

Mediante los juegos se muestra y dilata la

vida toda del niño, á la manera que se muestra y esparce la esencia toda de las flores al romper el boton en que están aprisionadas.

Y ¡cuán pobre y efímera no es la existencia de las flores que no pueden abrirse á tiempo, que no pueden dilatarse, que no pueden sacar fuera de sí en sazón las formas, los colores y los perfumes que son á su naturaleza lo que á la naturaleza del niño son todos esos elementos de vitalidad que se revelan en la alegría de los juegos infantiles!

II

Es un error manifiesto no ver en los juegos de los niños más que un signo de vitalidad física, pues á poco que se los observe se comprende que mediante ellos se pone en ejercicio toda la actividad infantil, lo mismo la del cuerpo que la del alma. De aquí el que se haya dicho que el juego,—á que atinadamente se ha llamado «la actividad en plena libertad,»—le es sugerido al niño por la naturaleza para que desenvuelva todo su sér, corporea y espiritualmente considerado.

En su virtud, el juego es no sólo una gimnástica física, sino también una gimnástica intelectual, estética y moral: en tal sentido está obligada á considerarlo y á aprovecharlo una buena educación.

Es verdad que por medio del juego favorece el niño el desarrollo de su cuerpo, y que esto es lo que primera y comunmente se observa. Por eso que entre las personas que consagran algunas atenciones á la educación de la niñez, se considere esa primera actividad instintiva como una gimnástica favorable al desenvolvimiento y la armonía de los músculos, á la agilidad y la destreza de todo el cuerpo, y á la flexibilidad y la gracia de los movimientos y las actitudes.

Pero la acción benéfica del juego no se detiene en esto, sino que va más allá, como puede inferirse de lo que antes hemos indicado. Si interesante es ese resultado, al que las mujeres otorgan una gran importancia,—sin duda por que en parte halaga la vanidad y la coquetería de las madres que tanto gozan con la belleza física de sus hijos,—no lo es ménos el que puede obtenerse del juego bien dirigido, con relación al

desenvolvimiento de los sentidos y de todas las facultades del alma.

Segun queda dicho, toda la actividad se manifiesta en la niñez mediante el juego, principalmente en el período á que aquí hacemos especial referencia, que es el de la infancia, con tanta razón considerado como bellísima alborada de la vida. Y si la actividad es, como se ha dicho, no sólo el verdadero placer de la vida, sino *la vida misma*, es natural que el juego sea considerado como la expresión más cabal y genuina de la existencia del niño, y que en él pueda estudiarse el estado de salud de que goza así el cuerpo como el alma de esas encantadoras criaturas, que sin saber lo que les espera hacen jugando el noviciado de la vida.

En los juegos muestran los niños, además de la robustez, la agilidad y la lozanía de su cuerpo, los instintos, las inclinaciones, las ideas y los sentimientos que, en buen ó mal sentido, trabajan sus nacientes inteligencias y sus tiernos corazones.

Por lo mismo que en los juegos se manifiestan los niños tal como son, pues que cuando se hallan entregados á ellos es cuando más libre y espontáneamente ejercitan su fogosa é incansable actividad, en los juegos es donde mejor puede estudiárseles y donde mejor puede conocerseles.

Son los juegos á manera de fotografías en que á la vez se retrata el exterior y el interior de los niños. De aquí su capital importancia; porque al revelar el interior del niño se da resuelto á la educación un problema interesantísimo que esta necesita conocer previamente y en cuyo estudio y solución emplea mucho tiempo, que con frecuencia resulta perdido.

Si los educadores en general y las madres particularmente se tomaran la molestia de estudiar un poco en los juegos infantiles, harto más adelantarian en la educación de sus pupilos ó hijos, economizando de paso para sí tiempo precioso y equivocaciones lamentables, y para los inocentes seres que dirigen daños de no escasa monta y más de una reprimenda injustificada (esto suponiendo que de las palabras no pasen á los hechos).

Hay que tener además en cuenta que en los juegos muestran los niños también parte de su porvenir, puesto que en ellos reflejan, como en *mágico espejo*, y siquiera sea parcial y vagamente,

sus aficiones y aptitudes especiales. De modo que al ser los juegos una como esflorecencia del carácter—por cuya formación deben trabajar con ahinco los educadores—son al propio tiempo indicaciones preciosas que anuncian la peculiar vocación de cada individuo, vocación que, lejos de contrariar, deben poner en claro y favorecer los encargados de dirigir á la niñez, los cuales no perderían nada, sino que adelantarian mucho, penetrándose bien de la verdad que entraña esta máxima:

En la frivolidad de los juegos infantiles hay muchas cosas serias que aprender, y están contenidos los procedimientos más profundos y eficaces de un buen sistema de educación.

III.

Antes de pasar á este último punto, detengámonos á considerar una de las revelaciones más importantes que los niños hacen por medio de sus juegos.

El juego, ha dicho uno de los pensadores que con más fervor se han consagrado á la causa de la educación, sirve, entre otras cosas, para inclinar al niño á la observación de la vida real, cuyos hechos tiende á reproducir. De aquí el que en su mayoría consistan los juegos en imitaciones ó representaciones de esa misma vida.

En efecto, por escasa que sea la atención que se preste á esas graciosas y múltiples manifestaciones de la inquieta é insaciable actividad infantil, se observa que á la vez que los niños saltan, corren y gritan como para satisfacer las necesidades de la vida fisiológica; que al propio tiempo que se entregan con todo el entusiasmo y la candorosa formalidad de un artista incipiente á esos juegos predilectos de la niñez que consisten en hacer remedos de obras plásticas, por los cuales revela ya el niño que es creador y productor; que conjuntamente con todas estas demostraciones espontáneas de la plenitud y la alegría de la vida que en el fondo de su corazón siente el niño, se complace éste en imitar en sus juegos las faenas que ve realizar á sus padres y las personas que le rodean, y en general, gusta de ocuparse formalmente en alguna cosa.

Hé aquí la tendencia al trabajo, revelada en los juegos infantiles: el niño tiende con frecuen-

cia y obedeciendo, sin duda, á una exigencia de su propia naturaleza, á mostrar su actividad por medio de obras, manifestando así que el hombre no viene al mundo sólo para saber, sino también y principalmente para obrar.

¿Será necesario decir que también corresponde á la educación aprovecharse de esta tendencia tan espontánea como previsoramente, en vez de desatenderla y dejar que se desvirtúe y hasta que se pierda el germen que la produce?

Creemos que no. Lo que sí conviene traer á cuento es, por una parte, que el trabajo es ley de nuestra existencia, un elemento moral de la vida humana, y por otra, que si la actividad de los sentidos y de los miembros, constituye, como ha dicho un profundo pensador, el primer germen, la yema del árbol del trabajo, los juegos de la infancia son sus graciosos capullos.

Y que esa propensión al trabajo es profunda y seria en el niño, no obstante revelarse en forma de juegos, lo dice bien claro la distinción que entre éstos y las ocupaciones á que nos referimos hacen los mismos niños. Cuando, por ejemplo, imitan algunas de las faenas caseras, no dicen que juegan, sino que aseguran formal y hasta enfáticamente que trabajan. ¿Quién no ha sorprendido algunas de esas graciosas conversaciones que tienen los niños entre sí ó con sus madres, y cuyo principal objeto no es otro que el de hacer ver lo que ellos creen sin género alguno de duda, es decir, que tal ó cual labor doméstica, en que á modo de simulacro se ocupan, es de indudable utilidad y la realizan tan bien ó mejor que la persona más ducha y experimentada en los menesteres de una casa?

Este fenómeno de la actividad infantil, por el cual es llevado el niño en el estado normal y de salud á estar ocupado, muestra que esa inclinación al trabajo es natural en la niñez, que el niño es trabajador, como se ha dicho, por la necesidad que siente de poner en claro y en acción todas sus virtualidades.

Pero el hecho es que la inclinación al trabajo existe ya en esos amables seres con cierta propiedad llamados *novicios de la vida*, y que se manifiesta y ejercita mediante los juegos.

Razón de más para que las madres miren la actividad del juego como el acto más serio y trascendental de la vida infantil de sus hijos; pues que considerada en esta tendencia al trabajo, entraña un germen de moralidad del que,

desarrollándose y floreciendo, se obtiene rica cosecha de virtudes.

Habituarse al individuo á que en su edad adulta realice en serio lo que durante la niñez practica jugando: hé aquí, entre otros, el fin con que deben aprovechar los educadores la propension al trabajo que manifiestan los niños desde el segundo período de la infancia. Para esto, lo que tiene que hacer la educación es coger al niño por la mano y conducirlo á través del risueño jardín de sus juegos á la severa morada del trabajo, sin que comprenda el objeto de semejante excursión.

IV

Dice una feliz expresión repetida hasta la saciedad, que con las ideas sucede lo que acontece con las cerezas, que en sacando unas cuantas de la cesta que las contiene, se vienen detrás y enredadas á ellas otras muchas que en un principio no hubo propósito de sacar á plaza.

Hablando de los juegos y ocupaciones infantiles, siquiera sea en los términos generales que lo hemos hecho, es punto ménos que imposible no recordar esos inocentes y graciosos entretenimientos en que las niñas ensayan el importante papel que han de desempeñar luego en el hogar doméstico, que es el teatro en que las mujeres se exhiben más legítimamente y obtienen sus mejores triunfos.

Aquí tenemos el caso de las cerezas. Enmarañadas con las ideas que en las líneas precedentes hemos apuntado, con ocasión de los juegos y los simulacros de trabajo en que los niños ejercitan su actividad, se nos presentan otras, en estrecha y lógica asociación con ellas, y sugeridas por las muñecas, los ajueres en miniatura y los diminutos muebles y utensilios caseros, con que las niñas pasan deliciosamente la mayor parte del tiempo preludiando y como queriendo anticipar días que al cabo llegarán, aunque no tan engalanados de atractivos como los pinta la candorosa imaginación de esos ángeles de nuestros hogares que, como las mariposas que desconocen los peligros del fuego, revolotean atolondrados en torno del deseo de dejar de ser *niñas* para poder llamarse con pleno derecho *mujeres*.

¡Ignoran los cuidados, que para que esta deseada y soñada metamorfosis se realice tienen que dejarse quemar las alas de su inocencia en la llama de aquella incesante aspiración!

Pero dejemos á un lado estas reflexiones que tal vez arranquen suspiros de amargura á algunas lectoras, y hablemos á las madres de los juguetes de sus queridas hijas. ¿Qué tema más simpático podría proponerse al estudio de la cariñosa solicitud materna?

La muñeca, *esa hija de nuestra hija*, como graciosamente la llama Michelet, es un juguete que si ofrece inagotables encantos para las niñas, no deja de tener atractivos irresistibles para sus madres. Y es que éstas no sólo se acuerdan de los tiempos felices en que preludiaban con su muñeca la vida de cariño y de ternura que ahora consagran á sus hijas, sino que también el instinto les dice que en las relaciones entre la niña y su muñeca hay algo más que un simple juego, hay un aprendizaje de una parte de la vida, parte la más grande y más noble de la existencia de la mujer, como que constituye su genuina vocación.

¿Qué extraño es, por lo tanto, que las madres se entreguen con frecuencia y diligente y cándida fruición á vestir las muñecas de sus hijas? ¿Cuántas madres, afectando en esto sólo el deseo de complacer á sus niñas, lo que hacen en realidad es jugar, como ellas, á las muñecas, á las que simuladamente quieren casi tanto como puedan quererlas sus hijas! Después de todo, no debe extrañarnos este cariño, dado el estrecho parentesco que, según la ingeniosa frase de Michelet, hay entre una madre y las muñecas de sus niñas.

Mas concretándonos al asunto objeto preferente de estos renglones, lo que principalmente importa hacer notar aquí á la solicitud materna es que en esos inocentes juegos de las niñas se preludia ya *seriamente* el dulce y augusto oficio de madre. Los cuidados, las caricias y los mimos que las niñas prodigan á sus muñecas son una revelación del *instinto de la maternidad*, especie de *sentido* que distingue á las niñas de los niños: es verdad—y con perdon sea dicho de Mme. Neker de Saussure—que desde los albores de la vida, los juegos infantiles señalan ya con vivos y pronunciados delineamientos las diferencias de sexo.

Esta manifestación de lo que hemos llamado

el «sentido maternal,» confirma lo que antes de ahora se ha dicho respecto á revelar el juego parte del porvenir de los niños. Como «una graciosa incursión en el porvenir» se pueden considerar, en efecto, los simulacros de caricias, cuidados y afanes maternos que las niñas celebran, ayudadas de esos *ídolos de carton*, tan amables y encantadores para ellas, llamados «muñecas.»

A esto hay que unir el *sentido doméstico*, que asimismo se revela en los juegos de las niñas como natural y precisa consecuencia del sentido materno.

La muñeca no sólo exige de la niña esas caricias á que antes nos hemos referido, que son como inocentes, pero acentuados preludios del amor más puro y desinteresado que se conoce aquí en la tierra; pone también á contribución su ingenio, sus disposiciones, su manejo para muchos y muy importantes de los menesteres de una casa.

Sabido es que las niñas no se contentan con acariciar á las muñecas; semejante limitación acusaría un platonismo desconocido en los fastos de las historias infantiles, y que de existir dejaría incompleto el concepto que revela ese instinto de la maternidad, que con tan pobres delineamientos bosquejamos.

Las niñas no se satisfacen, en efecto, con querer á sus muñecas: las visten, las desnudan, las cortan y confeccionan trajes, las engalanan con mil adornos, las acuestan, las levantan, las dan de comer y hasta les arreglan sus correspondientes habitaciones para que lo pasen lo mejor posible. Desempeñan con ellas y con ocasión de ellas una gran parte de los servicios que supone el cuidado y gobierno de una casa. Cuando no existe la muñeca se confecciona de cualquier manera, se la supone, ó hay la esperanza de tenerla: en cualquiera de los casos, esas faenas domésticas se llevan á cabo con igual exactitud, celo y buen deseo.

Imitando, mediante estos juegos, la vida real, á cuya observación y reproducción les inclina su misma actividad, las niñas hacen un útil aprendizaje de la vida de la mujer, por lo que á las funciones de la casa respecta, y lo hacen impulsadas por esa especie de instinto que hemos denominado «sentido doméstico,» juntamente con el «maternal,» que tan interesantes revelaciones ofrece al observador atento.

Si las madres de familia, que están dotadas de una admirable facilidad de comprensión de cuanto á sus hijos se refiere, se dedicaran á observar con algún detenimiento esas significativas revelaciones de lo que hemos llamado sentidos materno y doméstico, ¿cuánto partido no podrían sacar para la educación de sus queridas hijas, de los inocentes y no obstante significativos juegos á que estas otorgan tan decidida é ingénuo predilección?

V.

Recapitulemos.

Una buena educación debe esforzarse por conseguir estos fines importantes: que el niño ejercite espontánea y libremente *toda* su actividad; que en vez de ser mirada por el educando con aversión lo sea con gusto y hasta con placer; que el niño se dirija por sí mismo á hacer y deseé, lo que convenga á su desenvolvimiento y lo mismo que el educador quiera que haga.

¿Qué medio mejor y más adecuado puede emplearse para la consecución de estos fines que el juego, que tanto y tan gran atractivo tiene para la niñez? Las madres lo saben bien: el atractivo del juego, por el que los niños sienten una inclinación irresistible, una verdadera pasión, es el cebo más á propósito y eficaz que puede echarse á la actividad infantil para dirigirla convenientemente y ponerla al servicio de la educación.

Sin que nadie los incite á ello, los niños juegan constantemente cuando gozan de salud. Partiendo de estos juegos, á que llamaremos libres y espontáneos, hé aquí el papel que corresponde á la educación:

- 1.º Estudiar mediante ellos al niño en su cuerpo y en su alma.
- 2.º Regularizar con todo el disimulo posible los juegos, de modo que no sólo sirvan al desarrollo armónico y gradual del cuerpo, sino también al de la inteligencia, el corazón y la voluntad.
- 3.º Utilizar al niño como un *factor activo*, que no tomarlo meramente como *sér pasivo*, en la obra de su propia educación.

Los juegos considerados en todos los aspectos que hemos apuntado en el curso de este capítulo, y especialmente en las fases que dicen relación

al trabajo, ofrecen á la educacion recursos sobrados, para que cumplidamente pueda realizar el papel que acabamos de trazarle.

Por los juegos aprovechados con inteligencia, se puede conducir muy bien al niño, á que sin tocar las espinas, recoja las flores de la ciencia y la virtud.

Claro es que para conseguir esto, se necesita mucha observacion, mucha prudencia y mucho interés en el resultado de la obra. Porque ha de tenerse en cuenta, que para que el juego no pierda ante los niños su carácter, necesita ser *libre*, y para que sirva á los fines que hemos dicho, debe estar *vigilado*. Es menester que las madres no abduquen el cuidado de *dirigir* los juegos; pero teniendo en cuenta que todo el secreto está en *no aparecer* en ellos como gobernadoras, ejerciendo una presion que huelga á disciplina: al menor indicio de esto, el juego perderá su espontaneidad y con ella su principal atractivo.

Cuando las madres tomen parte por sí mismas en los juegos (lo cual es siempre un medio excelente para garantir su intencion y sus resultados), deben hacerlo sin darse aire de directoras, y evitando cuanto pueda servir para despojar á este ejercicio del carácter expansivo que debe tener. Si no les es dado practicar el arte de *hacerse pequeñas*, de ponerse á la altura de los niños,—côsa que no es fácil á todas conseguir,—deben al ménos conciliar la expansion del juego con su autoridad, de modo que ni una ni otra salgan perjudicadas: en una palabra, su accion *reguladora* no debe ser ostensible, cualquiera que sea el partido que para *regularizar* el juego tomen.

Que no olviden las madres, que para sacar del juego todas las ventajas que ofrece á la educacion, es menester que no pierda su atractivo, y lo pierde cuando deja de ser libre á la vista de los niños.

Que no olviden tampoco que el ideal de un buen sistema de educacion de la infancia, seria disfrazar todos sus procedimientos, «bajo el amable subterfugio» de los juegos de la niñez: hé aquí una gran perspectiva para los fabricantes de juguetes.

Cuando tratemos de los procedimientos que deben emplearse para realizar la educacion física, intelectual, estética y moral de la infancia, indicaremos el modo de revestirlos siempre que se pueda, con aquel disfraz; ahora nos basta con

todo afirmar en conclusion y como síntesis de lo dicho:

Los juegos de la niñez deben considerarse á un mismo tiempo como espontáneas y previsoras revelaciones que el niño hace respecto de su sér, y como procedimientos de educacion tan eficaces como naturales; los educadores atentos y reflexivos hallarán en ellos un tesoro de fecundas observaciones, de las cuales pueden deducir estudios y aplicaciones de trascendental importancia para la educacion del niño y, por ende, para la vida del hombre.

Que las mujeres, que habitualmente se ocupan en tantas cosas frívolas por la forma y por el fondo, tengan muy en cuenta, que debajo de la capa de frivolidad, en que aparecen envueltos los juegos de los niños, hay un gran fondo de seriedad, cuyo conocimiento no puede ser indiferente al cariñoso y solícito corazón de una buena madre de familia, para la que nada debe haber más interesante que el bien de sus idolatrados hijos: este bien estriba principalmente en la educacion, que es «el gran negocio de la vida.»

P. DE ALCÁNTARA GARCÍA.

LA TEORIA DE LA EVOLUCION

EN SUS RELACIONES CON LA FILOSOFÍA NATURAL.

(Conclusion.)*

La nueva química orgánica nos enseña que las propiedades físicas y químicas de cierto elemento, del carbono, son las que, gracias á sus combinaciones con otras, engendran las propiedades psicológicas especiales de los cuerpos orgánicos y ante todo del protoplasma.

Si una cantidad determinada de átomos de carbono se combina al principio con otra cierta cantidad de átomos de hidrógeno, de oxígeno, de azoe y de azufre para crear una unidad, podemos considerar la suma general de sus propiedades vitales como el producto necesario de las fuerzas de todos aquellos átomos reunidos.

Bajo el punto de vista monístico, podemos dar

* Véase el número anterior, página 65.

á esa suma de fuerzas atómicas el nombre de alma del átomo.

Del encuentro fortuito y de las múltiples combinaciones de esas almas atómicas, siempre constantes y siempre invariables, nacen las almas múltiples y muy variadas de las moléculas protoplásmicas, que son los factores moleculares de la vida orgánica.

Al llegar á tan extremas consecuencias psicológicas de la doctrina monística ó de la evolucion, nos encontramos con las antiguas concepciones de una materia animada, que filósofos como Demócrito, Spinoza, Bruno, Leibnitz, Schopenhauer, han expresado ya de diversas maneras.

Toda vida psíquica se reduce finalmente á estas dos funciones elementales: sensacion y movimiento, excitaciones por una parte, movimientos reflejos por la otra.

La simple sensacion del placer y del disgusto, el movimiento simple de la atraccion y de la repulsion, son los únicos elementos de que se compone, por una série infinita de combinaciones complejas, toda actividad psíquica.

El odio ó el amor de los átomos, la atraccion ó la repulsion de las moléculas, el movimiento y la sensacion de las células y de los organismos celulares, la imaginacion y la conciencia del hombre, son grados diversos de un mismo proceso psicológico evolutivo.

La unidad de concepcion del mundo, ó *monismo*, á la cual nos conduce la nueva doctrina de la evolucion, resuelve la oposicion que ha existido hasta hoy entre los diversos sistemas dualistas del universo; evita la estrechez del materialismo y del espiritualismo, une el idealismo práctico al realismo teórico; y forma con la ciencia de la naturaleza y la ciencia del espíritu, una *ciencia general* unitaria que lo abraza todo.

La teoría actual de la evolucion no adquiere solamente un alto grado de significacion teórica, haciéndose reconocer como lazo de union entre las diversas ciencias; da tambien resultados prácticos,

Ni la medicina, considerada como ciencia natural aplicada, ni la economía política, la jurisprudencia, la teología, en cuanto forman parte de la filosofía aplicada, podrán en lo sucesivo sustraerse á su influencia.

Más aún: estamos convencidos de que en tales dominios es donde especialmente aparecerá como la más poderosa palanca de progreso y de perfeccionamiento.

Y puesto que el grande objeto de estas últimas ciencias es la educacion de la juventud, la doctrina de la evolucion, á título de más poderoso medio de instruccion, debe hacer sentir su autorizada influencia hasta en la escuela. No debe entrar

en ella por tolerancia, sino imponer su direccion.

Si nos es permitido, finalmente, indicar en algunas palabras por lo ménos los puntos más importantes de este tema, debemos insistir en primer lugar respecto á la alta mision del método genético.

Profesores y discípulos se interesarán infinitamente más en cualquier asunto de instruccion, si se hacen ante todo esta pregunta: ¿Cómo ha nacido esto? ¿Cómo se ha desarrollado?

Con la cuestion de desarrollo va unida la cuestion de causalidad; y en último resultado siempre es el conocimiento adquirido de las causas próximas y no el conocimiento de los mismos hechos, el que satisface nuestra constante necesidad de saber y nuestra razon.

El conocimiento de las causas generales simples á las cuales se relacionan los fenómenos más diversos y más complejos, simplifica y profundiza al mismo tiempo nuestra instruccion.

La inteligencia de las causas hace de una ciencia árida una ciencia viva.

La verdadera medida del desarrollo intelectual no consiste en el número de los conocimientos adquiridos, sino más bien en la manera de comprender las causas de los hechos.

¿Hasta qué punto son susceptibles de introducirse desde hoy en las escuelas los principios fundamentales de la doctrina de la evolucion?

¿En qué orden deben enseñarse en las diversas clases, sus principales ramos, la cosmogonia, la geología, la filogenia de los animales y de las plantas, y la antropogenia?

Cuestiones son estas que deben resolverse y regularse por los profesores especiales. Nosotros creemos que, no sólo es inevitable una extensa reforma de la instruccion, en este sentido, sino tambien que será coronada del más brillante éxito.

¿Cuánto, por ejemplo, no ganaria en valor instructivo, la importante enseñanza de las lenguas, si fuera tratada por el método comparativo y genético?

¿Cuánto no aumentaria el interés de la geografía física si se enlazara genéticamente á la geología?

¿Cuánto no ganaria tambien en luz y en vida la enojosa y árida sistemática de las especies animales y vegetales, si no se las presentase más que como ramas diversas de una base genealógica comun?

¿Qué idea, en fin, tan distinta, no tendríamos de nuestro propio organismo, si dejáramos de mirarnos á través de las nubes y los fantasmas de la mitología, como la imagen supuesta de un Creador antropomorfo, si, al radiante sol de la filogenia, nos considerásemos como la forma de más alto

desarrollo del reino animal, como un organism^o que, en el trascurso de muchos miles de años, se ha ido separando poco á poco del rango de sus ascendientes vertebrados, y que, en el combate para la existencia, se ha elevado á mayor altura!

Fecundizando y estimulando á la vez por su vivificante accion todos los ramos de la instruccion, la teoría de la evolucion, despertará al mismo tiempo en los profesores y en los discípulos, la conciencia de su verdadera dependencia.

Como ciencia natural histórica, intervendrá para conciliar los dos extremos de enseñanza que hoy se disputan el dominio en la escuela: el antiguo sistema clásico, histórico-filosófico, por una parte, y el nuevo sistema exacto, físico-matemático por otra. Los dos son igualmente justificados é indispensables. El espíritu humano no adquirirá su completo desarrollo, sino satisfaciendo á los dos á la vez.

Si anteriormente ha sido la educacion única y exclusivamente clásica, en demasía, lo mismo sucede hoy con excesiva frecuencia respecto á la educacion exacta.

La doctrina de la evolucion conduce á los dos sistemas á una justa medida, interviniendo como medio de union entre la ciencia exacta y la ciencia clásica, entre la ciencia de la naturaleza y la ciencia del espíritu. Por todas partes muestra el torrente de vida que se desarrolla único, subordinado y continuo.

Por todas partes descubre al investigador constante nuevas conquistas científicas que hacer, sobre las hechas ya; y "aproxima suavemente el conocimiento de la verdad."

Esta infinita perspectiva de un perfeccionamiento progresivo que nos ofrece la doctrina de la evolucion, es la mejor protesta contra el lamentable *Ignorabimus* que por todos lados resuena contra ella.

Nadie puede calcular los límites á que se detendrá la inteligencia humana en la conquista de la naturaleza, y hasta los cuales puede extender en el porvenir sus asombrosos progresos.

La reclamacion más importante y más delicada que la filosofía práctica dirige á la doctrina de la evolucion, nos parece que es la de una nueva moral.

Seguramente el desarrollo del carácter moral, de las convicciones religiosas, seguirá siendo el principal cuidado de la educacion. Pero hasta ahora, en todas las clases de la sociedad se ha abrigado la firme conviccion de que los preceptos morales se hallaban estrechamente ligados á ciertos artículos de fe eclesiásticos; y como estos dogmas, confundidos segun se sabe con los antiguos mitos de

creacion, están en contradiccion flagrante con la doctrina de la evolucion, se ha creido que la religion y la moral se hallaban amenazadas por ella en el más alto grado.

Ese temor carece, á nuestro juicio, de fundamento. Procede de una constante confusion entre la verdadera y razonable religion natural, y la dogmática y mitológica religion de Iglesia.

La historia comparada de las religiones, una de las más importantes ramas de la antropología, nos da á conocer la inmensa cantidad de revestimientos exteriores que los pueblos y los tiempos, segun su carácter y sus propias necesidades, han aplicado á la idea religiosa.

Esa historia nos muestra á los dogmas de la Iglesia sometidos á un desarrollo lento, sin interrupcion. Nacen nuevas iglesias, nuevas sectas y desaparecen las antiguas.

¿Cuánto dura, en las mejores condiciones, una forma dada de creencia? Mil ó dos mil años, un breve espacio de tiempo perdido en la eternidad de los períodos geológicos.

Por último, la historia comparada de la civilizacion nos enseña tambien cuán poco sólidamente ligada está la verdadera moralidad á una forma determinada de fé y de iglesia. Generalmente la mayor brutalidad, el más grande salvajismo de costumbres van unidos á la dominacion absoluta y á la omnipotencia de una Iglesia. Atengámonos solamente á la Edad Media.

Por otra parte, encontramos el más alto grado de perfeccionamiento moral en los hombres enteramente desprovistos de toda creencia de Iglesia.

Aparte de toda creencia, de toda Iglesia, en el corazon de cada hombre existe el germen de una verdadera religion natural. Está inseparablemente ligada á los más nobles caracteres de nuestro sér. Su primer dominio es el amor, es el sacrificio de nuestro egoismo natural en favor de nuestro prójimo y en atencion al bien de la humanidad, de la que somos miembros. Esta ley moral es más antigua que todas las religiones de Iglesia; es el desarrollo de los instintos sociales de los animales, cuyos preludios encontramos en clases muy diversas de mamíferos, de pájaros y de insectos principalmente. Conforme á las leyes de la asociacion y de la division del trabajo, muchos individuos se reunen en comunidad ó república. La existencia de estas repúblicas responde necesariamente á las relaciones recíprocas de los sócios, y á la parte que cada uno ramifica de su egoismo en beneficio de la sociedad. La conciencia da esta necesidad, el sentimiento del deber no es otra cosa que un instinto social, y el instinto es siempre una costumbre psíquica que, adquirida originariamente por la adaptacion, se hace enseguida he-

reditaria en el curso de las generaciones, y que finalmente aparece innata.

Para convencernos del admirable poder del sentimiento del saber en los animales, no tenemos necesidad de hacer otra cosa que destruir ó revolver un hormiguero. ¿Qué vemos entonces entre las ruinas? Miles de ciudadanos que se ocupan apresuradamente, no en salvar su propia vida, sino en proteger la querida comunidad á que pertenecen, en oponer la más encarnizada resistencia á la aproximación de nuestra mano, en reunir los despojos y emprender con infatigable ardor la construcción de otra vivienda.

El admirable estado de civilización de las hormigas, de las abejas y de otras especies sociales, procede originariamente de los más salvajes principios, lo mismo que nuestra propia civilización humana.

Hasta los más tiernos y más hermosos movimientos ó impulsos del corazón humano, para los cuales reservamos toda nuestra poesía, los encontramos ya en germen en el reino animal. ¿Qué son el profundo amor maternal de la leona, el conmovedor cariño conyugal de los papagayos llamados *inseparables*, la abnegación y la fidelidad del perro, que desde hace tanto tiempo es proverbial?

Los nobles sentimientos de simpatía y de amor que determinan estos actos, no son en ellos, como en el hombre, más que instintos perfeccionados.

Comprendida de esta suerte la ética de la doctrina de la evolución, no tiene que buscar nuevos principios; únicamente tiene que aplicar á su base científica los antiguos preceptos del deber.

Mucho tiempo antes de todas las religiones de iglesia, esos mandatos naturales han regulado la vida común y legal del hombre, como la vida social de los animales.

Las iglesias deberían aprovechar estos datos de tan alta importancia, en lugar de combatirlos.

El porvenir no pertenece á la teología que se encarna inútilmente contra la victoriosa doctrina de la evolución, sino á la ciencia que se apodera de ella, que la reconozca y que la utilice.

Muy lejos de temer, bajo la influencia de la doctrina de la evolución en nuestras convicciones religiosas, un quebrantamiento de todas las leyes morales existentes, y una emancipación funesta del egoísmo, esperamos, por el contrario, el establecimiento de costumbres razonables, fundadas sobre la base inalterable de las leyes naturales.

Al hacernos conocer nuestro verdadero lugar en la naturaleza, la antropogénia nos demuestra la necesidad de nuestros antiguos deberes sociales.

Como la filosofía natural teórica, la filosofía práctica y la pedagogía sacan desde ahora sus primeros principios, no ya de pretendidas revelacio-

nes, sino de las concepciones naturales de la doctrina de la evolución.

Esta victoria del monismo sobre el dualismo, nos abre horizontes* ricos de esperanzas en el progreso infinito de nuestro desarrollo, así moral como intelectual. En esta inteligencia, saludamos á la teoría de la evolución, fundada de nuevo en nuestros días por Darwin, como el más poderoso apoyo de la ciencia general ó filosofía natural pura y aplicada.

E. HAECKEL.

TEORÍA DEL VALOR. *

CRÍTICA DE LAS OPINIONES EMITIDAS POR ALGUNOS ECONOMISTAS.

I.

¿Se hallan definitivamente resueltas las cuestiones que ha promovido la teoría del valor? ¿No deja nada que desear cuanto se ha escrito sobre el particular? Nosotros creemos que es cuestión mal estudiada, harto mal estudiada todavía; y Rossi, á quien nadie negará competencia en esta materia, es de nuestra opinión; puesto que, refiriéndose á las palabras valor, riqueza, tierra, trabajo, etc., en su *Curso completo, tercera lección*, dice: "La ciencia ha adoptado estas palabras: pero no hay aún acuerdo perfecto respecto á su sentido y alcance; es decir, en otros términos: la ciencia no ha dicho la última palabra sobre el particular, advirtiendo que el mejor signo de que una ciencia ha alcanzado cierto grado de perfección, es el de poseer una nomenclatura aceptada, reconocida y fuera de toda controversia."

Y á las pocas páginas: "La primera de esas palabras, *valor*, no es la que ha producido menos controversias."

Añadiendo en la lección cuarta: "¿Qué es el valor, qué la riqueza? Si el buen sentido contesta con acierto á esas preguntas, los economistas responden de tan diversas maneras, que el espíritu de crítica parece tener razón al afirmar que no las contesta."

Bastiat es de la misma opinión que Rossi respecto al valor: pero se forja la ilusión de que él ha resuelto el problema: sin embargo, hasta pare-

* Véase el número anterior, página 69.

ce que desconfía de haber conseguido el objeto á que aspiraba, puesto que entra en materia estampando las muy desconsoladoras palabras siguientes: "*Disertacion, fastidio, disertacion sobre el valor, fastidio y más fastidio.*"

Si no contáramos con el apoyo de testimonio de tanto valor, acaso nos abstendríamos de terciar en la cuestion sobre el valor; porque nos parece cosa muy grave el hallarse uno solo para afirmar y aún para dudar. Bien que tenemos otras dos poderosas razones para expresar nuestro pensamiento: primera, y esta no la tienen muy en cuenta los economistas, que la opinion general niega á la Económica política el título de ciencia, porque los expositores no han sabido imponer sus afirmaciones, ni siquiera las más fundamentales, á muchas inteligencias superiores que la han consultado; segunda, que, cuando se aspira al descubrimiento de la verdad, no debe permitirse que nadie se forje ilusiones que no tienen otro origen que lo que se lee en obras inspiradas por la ciencia, sí, pero que no la sirven cual debieran, á nuestro juicio.

Todo esto implica una grave acusacion contra la ciencia, ó por mejor decir, contra los sábios que no han sabido darle la forma que está llamada á recibir más ó menos pronto como ciencia especial. Tenemos, pues, por incontestable, como Rossi, que una ciencia que no se impone, está mal formada, cualesquiera que sea su mérito y utilidad. No basta para destruir esta acusacion, achacarla á personas incompetentes, como nosotros, por los que no atienden á razones, sino al argumento de autoridad: primero, porque con tal sistema no se responde á nada con seriedad, como suele decirse hoy; y segundo, porque Rossi y Bastiat se hallan entre los acusadores.

Es preciso, pues, someter á nuevo exámen la cuestion fundamental del valor, fuente comun de tantos errores, y principal razón de ser de muchas de las dudas que promueve la Economía política, respecto á descubrimientos de la mayor importancia. La opinion reclama la verdadera solucion sobre esta materia, y nos parece indigno de nuestra decantada civilizacion contestarle con un *non possumus*.

La Economía política se puede apoyar en bastantes verdades muy importantes para que no se le pueda disputar seriamente la calidad de ciencia: pero, al mismo tiempo se halla envuelta todavía en tanta oscuridad, que no es posible que imponga á la opinion pública, ni todas sus decisiones, ni siquiera aquellas cuya legitimidad nos parece incontestable. La resistencia de la opinion pública á sus más legítimas aspiraciones, se puede considerar con razon como justa pena impuesta

á sus imperfecciones. Entre estas aparecen en primera línea sus patentes contradicciones: á nadie debe sorprender que se observen mal ciertos hechos, y que de ello se deduzcan consecuencias absurdas, si tal se quiere; se comprende tambien que carezca de verdadera base la ciencia que se apoye en observaciones incompletas: pero, no se puede comprender en manera alguna que se contradigan las observaciones en las diferentes obras que las consignan, y aun en cada una de ellas las que le son propias, sin que los más sábios den muestras de percibir las, ni mucho menos de ponerlas de acuerdo; así que la ciencia económica presenta desgraciadamente muchas de esas contradicciones y muy particularmente en la que concierne al *valor*, tanto que seria obra muy larga anotar todas las que pudiéramos: pero no estará de más el que señalemos las principales, examinando las opiniones más acreditadas sobre el particular. Empezaremos por declarar que reconocemos la aridez del estudio que nos proponemos. El lector que quiera seguirnos en esta excursion, no dejará, como dice Bastiat, de fastidiarse hasta cierto punto, es verdad: pero, esperamos que no tendrá motivo para arrepentirse de habernos acompañado.

II

Empezaremos nuestro exámen por el tratado, notable bajo todos aspectos, de J. Stuart Mill; porque de los economistas que conocemos, este autor es el que afirma con mayor resolucion que todo está dicho ya respecto al valor, advirtiendo que, aunque se muestra muy absoluto en este caso, no por eso se debe inferir que todas sus opiniones revistan el mismo carácter; por el contrario, ningún economista se halla más dispuesto que él á la duda, cuando no cree su razon suficientemente ilustrada, ni á desechar las opiniones dominantes cuando no le satisfacen, como se puede ver sobre todo por sus críticas del socialismo, en las cuales manifiesta tal moderacion, tan gran indulgencia, que, en algunas ocasiones hasta se le podria suponer partidario de los errores que refuta. Y hé ahí, sin duda, una poderosa razon para que nos pongamos en guardia contra nosotros mismos, al diferir en opinion de una inteligencia que muestra tanta lealtad como espíritu generoso; pero aun en esto encontramos un motivo más para imitar su independencia y desinterés.

"Casi todas las indagaciones relativas á los intereses económicos de una sociedad así e nstituida (sobre la necesidad del cambio), dice Mill,

"implican una teoría cualquiera del valor; el más
"pequeño error en esta materia infecta todas las
"demás conclusiones de errores; si existe algo de
"vago ó nebuloso en la idea que tengamos del va-
"lor, todo el resto de nuestras ideas económicas es-
"tará lleno de confusion é incertidumbre. *Feliz-*
"*mente, nada hay respecto á las leyes del valor, que*
"*no esté perfectamente claro y bien estudiado para*
"*el presente y para más tarde; su teoría es comple-*
"*ta; no resta sino una dificultad, que es la de dar á*
"*esa teoría una exposicion tal, que resuelva de ante-*
"*mano los principales problemas que se presenten en*
"*su aplicacion. Para conseguirlo, es necesario en-*
"*trar en minuciosos detalles, y contar con la pa-*
"*ciencia del lector. Principes d'économie politique,*
"*tomo 2.º, libro 3.º, cap. 1.º. Traducción de H.*
"*Dussard y Courcelle-Senenil.*

La teoría del valor es, pues, completa, segun Mill; no obstante, segun él tambien, subsiste aún la dificultad de darle una exposicion tal, que resuelva de antemano los principales problemas que se presenten en su aplicacion. Nosotros, humildes servidores de la ciencia, no podemos comprender que una teoría pueda ser completa mientras subsista en ella semejante falta, porque creemos que la exposicion de una teoría es el todo de esa teoría; sin embargo, no nos detendremos en esa contradiccion, pues tenemos que ocuparnos de otras de mayor importancia.

La segunda seccion del capítulo de Mill sobre el valor tiene por título: *Valeur en usage, valeur en échange, prix des choses.*

Tales locuciones se hallan en casi todas las obras de Economía política, y por consiguiente, debemos recibirlas con cuenta y razon. Es, pues, preciso que se nos diga si son ó no sinónimas; y si no lo son, que manifiesten en qué se diferencian. Verdad es que Mill trata de hacer esa manifestacion: pero nosotros creemos que no ha llenado satisfactoriamente su obligacion.

"Por *precio* de una cosa, dice, designaremos en lo sucesivo su *valor* en dinero; por *valor* ó *valor en cambio*, su *potencia de compra*, el medio que *da su posesion (la de una cosa) de obtener, cediéndola, alguna otra de las que se compran ó venden ó una cantidad de mercancías.*" *Principes, tomo II, libro III, capítulo primero.*

Ateniéndonos, pues, á ese lenguaje, habríamos de creer que, para Mill, *precio* y *valor* eran una misma cosa, ya que *un precio* es *un valor* en dinero; sin embargo, no es tal su pensamiento; no sólo el *precio* y el *valor* son dos cosas esencialmente distintas, sino que, segun él, es peligroso confundirlas. ¿Cómo, en tal caso, puede ser un *precio* un *valor*? Antes de avanzar más en el exámen de semejante contradiccion, reflexionemos un poco

sobre la ambigüedad de las expresiones *valeur en usage* y *valeur en échange*.

La primera de esas dos locuciones significa en el pensamiento de Mill *utilidad*, y se muestra dispuesto á separarla completamente de la otra, cuyo uso científico debe quedar exclusivamente aplicado á la designacion de esa otra cosa mal definida que se llama *valor*: pero lo que prueba la confusion en que se hallaba su espíritu á este respecto, es el pasaje siguiente en que discute una opinion de M. Quincey:

"El *valor* en uso, dice, ó como lo llama M. de Quincey; el *valor teleológico* es el límite extremo del *valor* en cambio. Este puede ser menor que el *valor* en uso; pero no se concibe que pueda ser superior, porque para eso seria preciso que se diera, para poseer una cosa, más del *valor* extremo que se reconoce como medio de satisfacer sus deseos."

De semejante lenguaje sólo podemos comprender una sola cosa, á saber: la confusion, en que incurre Mill, del *valor* en cambio con el *valor* en uso; esto es, del *valor* con la *utilidad*. Si el *valor* y la *utilidad* son dos cosas distintas, ¿cómo decir que la una es igual, inferior ó superior á la otra? Compararlas implica una de dos cosas, ó que son de la misma naturaleza, ó que se las da un denominador comun para poderlas comparar. Mr. Mill no habla de darles ese denominador: luego las cree de la misma naturaleza, las confunde: esto es lógico.

"Las palabras *valor* y *precio*, dice, han sido empleadas como sinónimas por los primeros economistas, y no las ha distinguido siempre Ricardo; pero los más cuidadosos escritores modernos, queriendo evitar el uso inútil de dos términos para expresar una sola idea, emplean la palabra *precio* para expresar el *valor* de una cosa en cambio de una suma de dinero."

Si los primeros economistas, es decir, Ad. Smith, Malthus, Ricardo y J. B. Say, no han hecho la distincion reclamada por Mill, seria porque no la creyeron de necesidad. En cuanto á los escritores modernos más cuidadosos que la admiten para evitar el uso inútil de dos términos que expresan una sola idea, dudamos mucho que obtengan el asentimiento general. Estos, á nuestro parecer, incurren en una evidente peticion de principio, al esforzarse en justificar su distincion por consideraciones que no se apoyan, sino en esa misma distincion.

"Por fácil que aparezca la que se hace entre el *precio* y el *valor*, dice Mill, produce consecuencias con las cuales haria bien en familiarizarse desde luego todo el que se haya entregado superficialmente á estudios económicos. Hé aquí

«una de las principales: puede producirse una alza general de precios, pero no de valores.»

¿En qué se apoya para asegurar que no puede haber alza general de valores? En que el valor es una relacion, y en que una relacion no cambia, cuando los términos que la producen cambian al mismo tiempo y en las mismas proporciones; pues qué, ¿no es una relacion el precio? Y si lo es, ¿cómo se dice que todos los precios pueden variar á la vez? Sin embargo de todo eso, Mill continúa hablando con frecuencia, como si el valor y el precio fueran una misma cosa y declara que no puede pasar por otro camino. Ejemplos:

«Tomo el precio como representacion del valor, dice, porque la idea del precio es más general; continuaré tomando el uno por el otro en tanto que sea útil.» Libro 3.º, cap. 5.º

«Así como es más fácil comparar las diversas longitudes cuando se expresan en piés y pulgadas, según el uso ordinario, lo es igualmente comparar los diversos valores, expresándolos en libras esterlinas y peniques. No hay otro modo de formar una escala de los diferentes valores, no hay otro medio de calcular fácilmente la suma de una fortuna particular; es, pues, más fácil recordar la relacion del valor de diversas mercancías con una sola, que las relaciones complejas que tienen entre sí.» Lib. 3.º, cap. 7.º

«Los objetos, cuyo valor se haya tenido por igual en un trueque, valen igual suma en moneda. La introduccion de la moneda no ha hecho sino añadir una mercancía más, cuyo valor se rige por las mismas leyes que el de las demás; no nos sorprenderá que con el uso de la moneda y del papel sigan los valores las mismas leyes de nacion á nacion, como si el cambio tuviera lugar en especie, y que la moneda no sirva casi para otra cosa que no sea como un medio más cómodo de comparar los valores.» Lib. 3.º, cap. 21. Como se deja ver en las transcripciones anteriores, no son necesarios tantos términos comunes en geometría para declarar dos figuras idénticas.

Veamos otra contradiccion á propósito de la distincion del precio y el valor. Todos los economistas en general están de acuerdo en que la moneda sirve para *medir los valores*. M. Mill lo dice expresamente en el párrafo que sigue:

«Para comprender bien las múltiples funciones del intermediario circulante *moneda*, nada mejor se puede hacer, que examinar los diversos embrazos que experimentaríamos si la moneda no existiera. El primero y más evidente seria la falta de medida comun para valores diversos.»

Si la moneda es el instrumento que sirve para *medir los valores*; es claro que estos deben expresarse en moneda, como las longitudes se expresan

en metros, los pesos en gramos ó kilos, etc., etcétera: pero, como según Mill y los que le siguen, sólo los precios se expresan en unidades monetarias, el precio no difiere del valor, puesto que la moneda sirve para *medir los valores*. Y hé ahí que hemos llegado de un modo muy natural, y sin poner nada de nuestra parte, como suele decirse vulgarmente, y sin grandes esfuerzos de lógica, hasta el punto en que la insuficiencia de las definiciones del valor, tal cual se han dado hasta hoy, se muestra con la mayor claridad; nos referimos á esa locucion: *medir el valor*. Esta locucion, *esencialmente viciosa*, según nosotros, se encuentra en todos los tratadistas de Economía política, lo cual nos prueba de la manera más patente, que todos ellos se han forjado grandes ilusiones respecto á las nociones del valor. Lo demostraremos matemáticamente, pues no demanda menos nuestra aparente inmodestia.

Toda idea de medida implica necesaria, ineludiblemente tres términos perfectamente caracterizados y distintos, á saber: *la cosa que se ha de medir, el instrumento de que se haga uso para medir, y el número que expresa la medida*; cuyo número se concretará por necesidad á la unidad de medida. De esos tres términos, la teoría del valor, completa según Mill, no nos da á conocer ninguno de una manera satisfactoria. El único que nos señala, y eso con excusa precision, es el segundo, la moneda, cuya naturaleza se presta bien al papel que se le asigna de instrumento de medida; pero aun éste da ocasion á la duda, por la imposibilidad en que aparece, en virtud de la misma teoría, de combinarse con los otros dos. En efecto, ¿cómo se podrá aplicar el instrumento-moneda á la medida de una cosa tan vaga, indeterminada é intangible como el valor? Tan fácil seria aplicarla á la medida de la eternidad.

Decimos que el valor, tomado como el primer término de los tres, que la idea de una medida económica presenta á nuestro espíritu, es una cosa vaga, indeterminada é intangible; y creemos que no se nos puede contradecir. En efecto, para que se midiera el valor, seria preciso ante todo que fuera comensurable; que fuera una calidad, una propiedad de la misma naturaleza que las cosas, á las cuales se aplica comunmente la medida, y como nada se encuentra en el valor que á eso se refiera, como ningún economista ha encontrado, ni encontrará en él esa calidad ó propiedad, claro es que ha sido imposible definirla. Así es que se le ha confundido y tomado alternativamente por utilidad, por necesidad, trabajo, riqueza, etc., etc., concluyendo por último análisis, en la demostracion de que no es nada de eso; y la ciencia, por el órgano de sus más distinguidos representantes, que se obstinan en

considerarlo como una calidad, se ha visto reducida á darse por satisfecha, por toda definicion, con una *tautologia* y un razonamiento al estilo de los del enfermo imaginario de Moliere, como los que siguen: Valor es *la propiedad que hace que una cosa valga otra*; ó como lo define Mill, *el valor de una cosa es su potencia de compra; el medio, que da su posesion, de obtener, cediéndola, cualquiera otra que se compra y se vende, una cantidad de mercancías.*

El *precio* parece ser el último de los tres términos que implica la idea de la medida aplicada al valor; en efecto, el *precio* expresa un número, y se compone de unidades monetarias: pero, siendo así, no puede ser una especie de valor, como dice Mill, sino el mismo valor, porque en otro caso sería á la vez el primero y el tercer término de los tres necesarios que implica la idea de medida, lo cual no es admisible.

Con la moneda, como instrumento de la medida, cuya idea implica invenciblemente el valor; y el precio, como expresion de esta medida, la razon queda satisfecha; désele el otro término de una manera satisfactoria, y la teoría del valor quedará, en efecto, completa. Pero, tomar el valor por este otro término, es condenarse á interminables *logomaquias*, como dicen nuestros vecinos.

Ultima consideracion que confirma las observaciones precedentes: Mill, como todos los economistas, no cree en la necesidad absoluta de la moneda en los cambios, lo cual demuestra, á nuestro juicio, que desconoce la naturaleza de aquella.

"En los cambios entre naciones, dice, como en los interiores, la moneda llena en el comercio las mismas funciones que el aceite en mecánica, que el camino de hierro en los trasportes, ó que toda invencion que disminuye el rozamiento. *Lib. 3.º, capítulo 21.*

Si la moneda no sirve sino para facilitar los cambios, si no es indispensable bajo una ú otra forma, ¿á qué viene á quedar reducida la idea de medida á la cual se la asocia? ¿Se verifica acaso una medida por medio de la moneda para facilitar solamente los cambios? ¿Cuánta no es aún la oscuridad en que se hallan envueltas todas estas nociones de valor, de precio, de moneda, de medida, segun se las define, ó, por mejor decir, segun se procura evadir la necesidad de definir las!

III.

"Las cosas, dice Law, toman el valor del uso á que se las aplica; y es mayor ó menor, no segun que su uso más ó menos estimado ó necesario, sino en razon de su mayor ó menor cantidad, comparada con su demanda. Ejemplo: el agua es de gran uso, pero de poco valor, porque su cantidad es muy superior á la demanda. Todo lo contrario sucede respecto á los diamantes." *Considerations sur le numeraire et le commerce, cap. 1.º*

Esta teoría que, como se deja ver, deduce el valor de la combinacion de la utilidad y de la escasez ó rareza, es la adoptada aún hoy por un gran número de economistas, y en particular por M. Joseph Garnier: pero es muy claro, que si se les preguntase, por qué razon una cosa útil y rara *valía tanto* y no *cuánto*, no sabrian responder, ya que de las ideas de utilidad y rareza es del todo imposible obtener un número concreto; y sabido es que el valor no se expresa, sino por un número concreto. Además, esa teoría conduce al absurdo, y no se necesitan grandes esfuerzos de entendimiento para probarlo; por el contrario, es cuestion de sentido comun solamente. Siendo el valor el objeto principal que tiene en mira todo productor, el trabajo, segun esta teoría, debe tener por objeto, no solo la utilidad que el consumidor reclama, sino tambien la rareza ó la escasez, sin lo cual la utilidad tendria escaso valor ó no tendria ninguno. La produccion tendria, pues, por objeto principal la rareza; ó en otros términos, la produccion tendria por objeto principal producir muy poco ó nada: no creemos sutilizar, sino que procedemos con sujecion á la lógica.

"La moneda, dice Law, es la medida por la cual se evalúan las mercancías, y el valor por el cual se cambian, y en el cual se estipulan su pago en los contratos." *Idem, cap. V.* Luego la moneda es la medida por la cual se evalúa el valor.

Así como Law, Condillac deriva el valor de la utilidad y de la rareza: pero más metódico que el muy célebre organizador del *Systeme*, da á su teoría todas las apariencias de una deducion experimental. Veamos cómo razona.

"Se dice que una cosa es útil ó inútil, segun que sirve ó no para satisfacer alguna de nuestras necesidades. La utilidad la estimamos en más ó menos en proporcion al beneficio que nos presta, y á esta estimacion es á lo que llamamos valor: decir que una cosa vale, es decir que es ó que la

"estimamos buena para algo. El valor de las cosas
"está, pues, fundado sobre su utilidad, ó lo que es
"lo mismo, sobre la necesidad que de ellas tenemos
"ó sobre el uso que nos pueden prestar. (*Le com-
"merce et le Gouvernement, primera parte.*) Pues-
"to que el valor de las cosas, añade, está fundado
"sobre la necesidad, es natural que una necesidad
"más sentida dé á las cosas mayor valor y al con-
"trario. El valor de las cosas aumenta con su ra-
"reza y disminuye cuando abundan." *Idem.*

Todo esto es tan sencillo, que puede acomodarse
á ello hasta la economía de un solitario, y los
economistas que admiten esta teoría, admiten de
hecho que el valor no tiene necesidad del cambio
para existir: pero les hace falta otro valor para la
economía más complicada de los cambios, y este
le encuentran en el precio. En efecto, Condillac
distingue el precio del valor.

"El precio, dice, es el valor estimado de una
"cosa con relacion al valor estimado de otra; esti-
"mada, digo, por todos los que hacen cambios con
"ellas. No tienen las cosas en los cambios un pre-
"cio absoluto, sino relativo á la estimacion que
"les damos en el momento que concluimos un tra-
"to, y son recíprocamente las unas el precio de las
"otras. En primer lugar, *el precio de las cosas es re-
"lativo á la estimacion que de ellas hacemos* (esto
"ya lo ha dicho del valor), ó más bien, la estima-
"cion en que tenemos la una respecto á la otra. Y
"eso no debe admirar, puesto que, en su origen,
"precio y estimacion eran perfectamente sinóni-
"mos, y la idea significada desde luego por la
"primera palabra, es idéntica á la que la segunda
"expresa hoy. En segundo lugar, *son recíproca-
"mente las unas el precio de las otras.* Mi trigo es
"el precio de vuestro vino, y vuestro vino el de
"mi trigo, porque el trato concluido entre [nos-
"otros es un acuerdo por el cual estimamos que mi
"trigo tiene para Vd. el mismo valor que el vino
"de Vd. tiene para mí." *Idem, cap. II.*

Aquí ya desaparece la sencillez, porque es pre-
ciso acomodar la teoría á los hechos. La distin-
cion propuesta por Condillac no resulta, pues, de
su lenguaje, sino todo lo contrario; porque lo que
dice del precio conviene perfectamente con lo que
dice generalmente del valor. No obstante insiste
en ella, sin mostrarse por eso más claro.

"Es preciso no confundir, añade, el *precio* y el
"valor, y no emplearlos *siempre* indiferentemente
"el uno por el otro. Cuando experimentamos la ne-
"cesidad de una cosa, tiene *valor*; lo tiene por esto
"sólo sin que se trate de cambio. Por el contrario,
"sólo con el cambio aparece su *precio*, porque no la
"estimamos en comparacion á otra, sino cuando
"es preciso cambiarla; y su *precio*, como dejo di-
"cho, es la estimacion que hacemos de su valor,

"cuando en el cambio lo comparamos con el valor
"de otra. El precio supone, pues, el valor; y hé
"ahí el por qué es fácil confundir el significado
"de estas dos palabras. Hay ocasiones, sin embar-
"go, en las cuales se las puede emplear indiferen-
"temente; pero no por eso dejan de expresar dos
"ideas que no deben confundirse, si no se quiere
"llevar esa confusion á los desenvolvimientos que
"habremos de hacer." *Idem.*

Lo que llevará la confusion á esos desarrollos,
no será el tomar el precio por el valor, sino el em-
peño de que signifiquen dos ideas diversas esas dos
palabras. Si Condillac hubiera reflexionado que la
idea del valor, en el sentido que él da á esta pala-
bra, carece de toda utilidad, se habria ahorrado el
tormento de hacer comparaciones y distinciones
que no producen en nuestra razon sino ese fenó-
meno curioso que produce una bolita cualquiera
cuando la removemos entre dos dedos cruzados,
que, sabido es, nos produce la sensacion muy mar-
cada de que son dos las bolitas.

Seria muy difícil averiguar, si el pensamiento
de medir el valor procede de quererlo distinguir
del precio; ó si, por el contrario, la distincion
procede de aquel pensamiento. A nuestro juicio,
así lo uno como lo otro proceden de ese lenguaje
figurado que atribuye valor, como dice Condillac,
á todas las cosas que pueden satisfacer nuestras
necesidades. De cualquiera manera que sea, el
autor de *l'Essai sur l'origine des connaissances hu-
maines*, sostiene que el valor se mide,

"Desde que se reconoció, dice, que los metales
"tenian valor, pareció cómodo dar un pedazo
"de metal en cambio de lo que se compraba; y, á
"medida que este uso fué mayor, los metales se
"tomaron por medida comun de todos los valores."
Capítulo 14.

Le Trosne define el valor así: "Las producciones
"adquieren en el estado social una calidad nueva,
"que nace de la comunicacion de los hombres en-
"tre sí: esta calidad es el *valor*, que hace que los
"productos sean *riquezas*, y que no haya supér-
"fluo, puesto que lo excedente proporciona los
"medios de obtener lo que falta. El valor consiste
"en la relacion de cambio que existe entre tal
"cosa y tal otra, entre tal medida de una produc-
"cion y tal medida de otras. El *precio* es la ex-
"presion del valor: no es distinto en el cambio;
"cada cosa es recíprocamente el precio de otra; en
"la venta el precio es en dinero. *De l'interet so-
"cial.*" Cap. 1.º, párrafo 4.º

De los sumarios que coloca á la cabeza de cada
seccion de su capítulo sobre el valor Le Trosne,
resultan suficientemente sus ideas. La 5.ª, tiene
por título: *Primera causa del valor; la propiedad
usual.* La 6.ª, *La utilidad no es la medida del valor.*

La 7.^a, *Segunda causa del valor, gastos indispensables*. La 8.^a, *Tercera causa, la rareza y la abundancia*. La 9.^a, *Las producciones son la causa ulterior del valor*. La 11.^a, *El valor depende de la población y de su bienestar*.

«En resumen, dice al terminar este capítulo, el resultado de esta discusión es, que el valor de los productos, fundado primero sobre la propiedad usual y sobre los gastos para obtenerlos, es modificado por la rareza y la demanda, cuya proporción es relativa á la concurrencia de vendedores y compradores y al estado del consumo; el cual es á su vez determinado por la posibilidad más ó menos extendida de pagar, es restringido con gran perjuicio de la producción por los impuestos directos y las prohibiciones, y no se halla en su tasa natural, única favorable á los productores, á los propietarios y á los consumidores, sino bajo el régimen absoluto de la libertad.»

Si el valor de las producciones está fundado, en parte, sobre los gastos de producción, ¿cómo sucede que los impuestos directos y las prohibiciones le restringen? La verdad es que lo aumentan. Separemos de este resumen ese pretendido fundamento del valor, que llama *propiedad usual* ó utilidad, y quedarán sólo *los gastos*, es decir, el costo de producción, modificado por la rareza y la abundancia; y si consideramos lo que añade, esto es, que el valor nace de la comunicación de los hombres entre sí, ó lo que es lo mismo, del cambio, y que es una relación, no seríamos justos si no reconociéramos la gran perspicacia con que vislumbró Le Trosne la verdadera naturaleza del valor tal cual la comprendemos nosotros. Desgraciadamente su idea preconcebida del *valor-calidad*, que está en contradicción flagrante con la idea de *valor-relación*, ocultaba á su alcance lo poco que le faltaba por descubrir, llevándole por la extraviada vía de la distinción del precio y el valor, distinción únicamente necesaria para colmar las lagunas que deja, en la aplicación á los hechos, la teoría del *valor propiedad ó calidad*.

«Es preciso distinguir bien, dice, el valor propio de los productos, que es la relación de cambio que tienen entre sí, del precio expresado en dinero, que no presenta sino la relación de los productos con el dinero. Por no percibir el vulgo esta distinción, se imagina que los productos estaban más baratos hace trescientos años. Tenían, es verdad, más valor propio que hoy: pero, tenían más valor en dinero; porque había menos dinero; y por lo mismo, éste tenía más valor venal.»

El vulgo no se engaña tan groseramente como Le Trosne supone. Hace trescientos ó cuatrocientos

años, muchas mercancías, y particularmente los productos de la tierra, valían menos que en su tiempo y en el nuestro, por la sencilla razón de que costaba menos producirlas, y por una razón análoga los metales preciosos valían más. Pero, ¿qué relación tiene todo eso con la distinción del precio y el valor? Esto lo único á que puede conducir es, á distinguir el valor de la moneda de hace cuatrocientos años del valor de la moneda hoy, ni más ni menos.

IV

Cuando Turgot define, ó trata de definir, el *valor*, incurre en las mismas contradicciones que dejamos indicadas: pero cuando refiere los hechos, esto es, cuando se ciñe á las propias observaciones, respecto al origen del valor, lo hace, á nuestro juicio, con maravillosa exactitud. Debemos atribuir esta falta de armonía á que, en el primer caso, se le ve dominado por la influencia ejercida en su mente por las palabras, ó por mejor decir, el sentido que comunmente se les da; al paso que en el segundo se atiene á sus observaciones. Pero, ¿por qué no se halla de acuerdo el sentido de esas palabras con sus observaciones? no es por ventura esa una de las necesidades de la ciencia? Sería preciso que nos extendiéramos demasiado para contestar á esa pregunta; diremos solo por lo mismo, que no es cosa fácil librarse de incurrir en alguna contradicción, ni aun á los más robustos entendimientos. Preciso es confesarlo con toda ingenuidad; la educación que se venía dando no podía poner á nadie al amparo contra la severidad de la lógica; así que en el uso ordinario de la razón, no repugnan aun todo lo que debieran las incoherencias en que se incurre; y eso hasta tal punto que son muchos los casos en que no podemos prescindir de dejarnos arrastrar por nuestros hábitos intelectuales, permaneciendo á pesar nuestro en el carril marcado por la rutina.

Veamos cómo Turgot presenta los hechos de donde procede el valor; y veremos después cómo pretende explicarlos:

«Nacimiento del comercio. Principio de la evaluación de las mercancías.»

«La necesidad recíproca ha introducido el cambio de lo que se tiene por lo que no se tiene, esto es, de una mercancía por otra ó por trabajo. Para

«verificarlo era preciso que las dos partes convi-
 «nieran en la calidad y cantidad de cada una de
 «las cosas cambiadas, en cuya convencion era na-
 «tural que cada uno aspirara á recibir más y dar
 «ménos, pues siendo ambos dueños igualmente de
 «lo que dan en cambio, cada uno de ellos debe
 «comparar la estimacion en que tiene lo que trata
 «de ceder, con el deseo que tiene tambien de poseer
 «lo que pretende adquirir, á fin de fijar respecti-
 «vamente la cantidad de las cosas cambiadas. Si
 «desde luego no se ponen de acuerdo, será preciso
 «que cada uno rebaje algo sus pretensiones. Su-
 «pongamos que el uno ofrezca trigo y el otro vino,
 «y que convienen en cambiar una medida de trigo
 «por seis de vino; es, pues, evidente que para ellos
 «una medida de trigo y seis de vino son equiva-
 «lentes, y que en este cambio particular el *precio*
 «de una medida de trigo es el de seis de vino y
 «viceversa. Pero el cambio entre otros dos podrá
 «dar un *precio* diferente, segun que el uno tenga
 «necesidad ménos apremiante de la mercancía del
 «otro, y no dará una medida de trigo sino por ocho
 «de vino, al paso que otro dará quizá dos de trigo
 «por solo cuatro de vino; por consiguiente, ningun-
 «no de estos tres *precios* puede ser considerado
 «como el verdadero con preferencia á los otros dos,
 «puesto que para cada uno de los contratantes el
 «vino que ha recibido era el equivalente del trigo
 «que ha entregado; en una palabra, en tanto que
 «se considere cada cambio como aislado y en par-
 «ticular, *el valor de cada una de las cosas cambia-*
 «*das no tendrá otra medida que la necesidad ó el*
 «*deseo, ó los medios de los contratantes, balanceados*
 «*por ambas partes, el cual se fija por acuerdo entre*
 «*ellos.*

«Sin embargo, hay muchos que ofrecen vino al
 «que ofrece el trigo. Si uno de aquellos ofrece á
 «éste cuatro medidas de vino solamente por una
 «de trigo, claro es que no se la dará mientras ha-
 «ya otro que le de seis. El productor del vino, por
 «su parte, tambien aprovechará la concurrencia
 «de los vendedores de trigo; así que ninguno de
 «los dos se determinará á ceder su producto, en
 «cambio de lo que reclama su necesidad, en tanto
 «que no sepa quién se lo paga mejor. Desemejantes
 «hechos se infiere que el valor del trigo, ó el del
 «vino, el *valor corriente*, no es debatido entre dos
 «particulares sólo, relativamente á sus necesida-
 «des y facultades recíprocas; sino segun la balanza
 «de las necesidades y de las facultades de la tota-
 «lidad de todos los vendedores de trigo y de vino;
 «puesto que el que daría con gusto, desde luego,
 «ocho medidas de vino por una de trigo no dará
 «ya sino cuatro cuando sepa que uno de los posee-
 «dores del trigo da dos medidas de éste por ocho
 «de vino. El *precio medio*, pues, entre las dife-

«rentes ofertas y demandas, vendrá á ser el *precio*
 «*corriente*, al cual habrán de conformarse todos
 «los compradores y vendedores en sus cambios, y
 «en nuestro ejemplo seria exacto decir que seis me-
 «didas de vino eran equivalentes, para todos, á
 «una de trigo, si ese era el *precio medio*, en tanto
 «que la oferta ó la demanda, ó ambas cosas á la
 «vez, no sufrieren variacion." *Reflexions sur la*
formation et la distribution des richesses.

Salvo la confusion del *precio* y el *valor*, todos
 los economistas de nuestra época creemos que
 aceptarán este análisis de Turgot. Nosotros le
 aceptamos aún con esa confusion. Para que pueda
 verse la gran penetracion con que habia observa-
 do Turgot, todo lo que concierne al hecho del
valor y sus manifestaciones, transcribiremos al-
 gunos títulos de capítulos suyos:

«El comercio, dice, da á cada mercancía un va-
 «lor corriente, relativamente á otras mercancías;
 «de donde se sigue que toda mercancía es el equi-
 «valente de cierta cantidad de otra.—Toda mercan-
 «cía tiene las dos propiedades esenciales de la
 «moneda, *medir y representar todo valor*; y en este
 «sentido toda mercancía es moneda.—Recíproca-
 «mente, toda moneda es esencialmente mercancía.
 «—Diferentes materias han podido servir ó han
 «servido de moneda usual.—Los metales, y sobre
 «todo el oro y la plata, son más propios para eso
 «que ninguna otra sustancia."

Ahora somos nosotros los que hacemos una sal-
 vedad con motivo de las palabras que hemos sub-
 rayado en las últimas trascripciones y en la ante-
 rior respecto á la medida del *valor*, de la cual ha-
 bla Turgot como de cosa corriente y admitida, sin
 reflexionar en el error que semejante idea en-
 vuelve.

La maravillosa seguridad de juicio que mani-
 fiesta Turgot en las palabras que dejamos con-
 signadas, le abandona completamente poco más
 tarde como vamos á demostrar. En una Memoria
 suya que lleva por título: *Valeurs et monnaies*,
 quiere, dice, formarse *une idée nette de ce qu'on*
doit entendre par ce mot valeur, y cae en las más
 extrañas divagaciones. Comienza por interro-
 gar á la etimología. ¡Extraña obcecacion de los
 hábitos intelectuales! ¡Acaba de observar y des-
 cribir el hecho con sorprendente exactitud, y se
 cree obligado á pedir su explicacion á los que le
 han dado nombre sin previa observacion, que se-
 pamos! Una sola cosa ha sido, á nuestro juicio, la
 causa de su extravío, la idea preconcebida *de que*
se mide el valor; sus luminosos análisis no han
 podido destruir en su pensamiento esa infundada
 creencia anterior; la cual le domina á su pesar, y
 le hace correr desordenado tras la sombra que le
 muestra, haciéndole abandonar la presa que la ob-

servacion ponía en su poder. Hé ahí un fenómeno tan curioso como instructivo para todo aquel que no haya abandonado la facultad de reflexionar; hé ahí un espíritu muy juicioso y muy potente y muy deseoso de hallar la verdad, que se aleja del objeto que toca ya, porque, según sus hábitos de pensar, ese objeto lleva un nombre que no corresponde á sus análisis. Una sola palabra, ménos aún, la acepcion de esa palabra basta para extraviarlo. Y, sin embargo de eso, muchos otros han venido tras de él y vendrán todavía que, como él tocarán el objeto, y se alejarán sin reconocerle, porque no podrán ver el signo engañoso del juicio *a priori* que han aceptado sin reflexion.

Después de interrogar á las diferentes acepciones en latín del infinitivo *valere* y de sus equivalentes en francés, con todos sus derivados, Turgot procura indagar el sentido que daría á esa palabra un hombre aislado. Al adoptar semejante método, cedía á una inclinacion comun á todos los filósofos de su tiempo, y de ahí que, como todos ellos, se alucinara. Pero, de cualquiera manera que á ello fuera conducido, el resultado es que una vez lanzado á ese orden de ideas, pasó revista á todas las necesidades, los gustos, las preferencias, las facultades, las previsiones, etc., etc., de un solitario, puesto en comercio con la naturaleza por medio del trabajo, y descubrió que se hallaría en la necesidad de escoger, entre todo lo que ella le proporcionaba, lo más conveniente á la conservacion de su vida y su bienestar; y á esta eleccion la apellidó Turgot *evaluacion* de las cosas con relacion á su importancia relativa en la economía particular de su solitario.

Cuando buscamos en la oscuridad una cosa que existe, ó no la hallamos, ó nos cuesta mucho hallarla. Los metafísicos son en esto infinitamente más dichosos; siempre encuentran lo que buscan, aunque no exista, y cuanto mayor sea la oscuridad, más seguros están de conseguir su objeto. No es, pues, de extrañar que Turgot haya hallado la *medida del valor*, buscándola como lo hizo, puesto que la metafísica da todo lo que se le pide ménos la luz. Leamos lo que él dice:

"¿Cuál es, en este caso, la medida de los valores de este solitario; cuál su escala de comparacion? Es evidente que no tiene otra que sus propias facultades. La suma total de éstas es la sola unidad de su escala, el único punto fijo de donde puede partir, y los valores que él marque á cada objeto serán partes proporcionales de esa escala. De ahí se sigue que el *valor estimativo* de un objeto para el hombre aislado, es precisamente la porcion de sus facultades que responde al deseo que él tiene del objeto, ó la que él quiere emplear en satisfacer ese deseo. Se puede decir, en otros tér-

"minos, que es la relacion de esa parte proporcional ó total de sus facultades, relacion que se expresaria por una fraccion, que tendria por numerador el número de valores ó partes proporcionales iguales que contiene la totalidad de las facultades humanas.

"Al llegar aquí no podemos dejar de hacer una reflexion. Todavía no hemos visto nacer el comercio; no hemos reunido aún dos hombres, y, desde los primeros pasos que damos, se presenta á nuestra vista una de las verdades más profundas y más nuevas que encierra la teoría de los valores; verdad que el abate Gagliani enunciaba hace veinte años, en su tratado *della Moneta*, con tanta claridad y energía, pero casi sin desarrollo, diciendo: *que la comun medida de todos los valores es el hombre.*"

¡Cosa rara! ¡Cuando se abisma en un misticismo sin salida, el juicioso y sábio Turgot cree tocar á una verdad *profunda y nueva*, declarando, en un lenguaje casi lírico, como *clara y enérgica* esa inconcebible expresion de Gagliani: *el hombre es la comun medida de todos los valores!* Semejantes extravíos son frecuentes en el estudio de las ciencias atrasadas; sin embargo, es preciso consignar en justicia que M. Turgot no dejó concluida su Memoria sobre los *valores y las monedas*.

A pesar de haber manifestado ya que Turgot no diferenciaba el valor del precio, vamos á patentizar que también abandona esta opinion.

"Véase la razon, dice, con cuya explicacion daremos un paso más en la teoría de los valores. Esa razon es la imposibilidad de enunciar el valor en sí mismo. Fácil será convencerse de esa imposibilidad á poco que se reflexione acerca de lo que hemos dicho y demostrado sobre la naturaleza del valor. ¿Cómo hallar, en efecto, la expresion de una relacion, cuyo primer término, el numerador, la unidad fundamental, es una cosa inapreciable, y que no es limitada sino de la manera más vaga? ¿Cómo podrá decirse que el valor de un objeto corresponde á dos céntimos de las facultades del hombre, ni de qué facultades se habla? Seria preciso hacer entrar en el cálculo de estas facultades la consideracion del tiempo; pero, ¿en qué intervalo nos fijaríamos? ¿Tomaríamos la totalidad de la vida, un año, un mes, un día? Nada de eso, sin duda, porque relativamente, á cada objeto de necesidad, las facultades del hombre deben ser indispensablemente empleadas durante intervalos más ó ménos largos, cuya desigualdad es muy grande. ¿Cómo apreciar los intervalos de un tiempo que, corriendo á la vez para todas las especies de necesidades, no debe, sin embargo, entrar en el cálculo sino por intervalos iguales relativamente á cada especie de necesidad? ¿Có-

"mo evaluar las partes imaginarias en una dura-
"cion siempre una, que corre, si podemos expre-
"sarnos así, sobre una línea indivisible? ¿Y qué
"hilo podría guiarnos en semejante laberinto de
"cálculos fundados solo sobre elementos indeter-
"minados? Es, pues, imposible expresar el *valor*
"en si mismo; y todo lo que puede enunciar á este
"respecto el lenguaje humano, es que el valor de
"una cosa iguala al valor de otra. El interés apre-
"ciado, ó más bien sentido por dos hombres, esta-
"blece esa ecuacion en cada caso particular, sin
"que se haya pensado jamás en *sumar* las facul-
"tades del hombre para comparar el total á cada
"objeto de necesidad. El interés fija siempre el re-
"sultado de esta comparacion: pero no la hace ni
"la puede hacer."

Si estas no son razones claras y concluyentes en favor de la distincion del precio y del valor, será sin duda alguna porque no existan tales razones.

X...

(Continuará)

LAS CREENCIAS DEL OBRERO

(Conclusion.) (1)

Entramos en otro orden de ideas. El problema económico ensancha sus ondas para convertirse en problema social, y el problema social se sublima hasta condensarse en las regiones de la moral y de la ciencia. Ningun terreno hay vedado á las doctrinas perniciosas que combatimos, mas tambien en todos las seguiremos, que no há menester la verdad otra cosa que dejar lucir sus rayos para confundir el error.

Niegan tambien la familia. ¿Os asombráis? ¡Pero si niegan al mismo Dios! Y no piensan que se necesita más fé para negar que para creer.

La mujer es la piedra angular de la familia, la clave del arco social, el sér sublime por quien "abandonará el hombre á su padre y á su madre," segun la sentencia de Dios. Mas advertid tambien aquí el progreso de los tiempos, y admirad una vez más el espíritu de la perfeccion flotando sobre las aguas turbulentas de la historia.

(1) Véase el número anterior, pág. 83.

En el primer dia de la humanidad, pálido rayo alumbra la tierra, pero las tinieblas del entendimientos son más intensas que las sombras de la naturaleza. *El amor es libre*, porque entónces el amor es el alma brutal de la materia.

El salvaje caza la mujer como la res, la arrastra hácia el lecho nupcial que se llevarán las primeras brisas de la mañana, y se aleja despues, poseido de un presentimiento extraño; que será un dia el eslabon dichoso de las generaciones. La víctima infeliz de sus feroces golpes no siente vibrar una sola cuerda de la lira del sentimiento, y si perpetúa la especie en el misterio de la selva, es por una ley providencial comun á los animales todos de la creacion. En esta edad, el comunismo es la ley de los amores, la ceremonia del matrimonio es el rapto; el salvaje hastiado, arroja á otro la vagabunda Vénus de sus brutales caricias.

Corren los tiempos y el pastor nómada planta su tienda. Al sentarse en ella la mujer, hilando la lana del rebaño, se eleva desde víctima á esclava. La ruéca es el instrumento de este rescate. Evaluada en cabeza de ganado, el comprador es su dueño absoluto; la vende cuando saciado de sus cariños desea nuevas gracias. Entónces el comunismo es la poligamia, el matrimonio una compra, la mujer una mercancía, la familia un rebaño, la sociedad una tribu, la tribu el aduar, molde grosero y ambulante de la ciudad, siempre envuelto en las columnas de polvo que las piaras levantan.

La mujer sigue entretanto la senda áspera Y dura de su regeneracion.

Cubre su desnudez con la túnica hilada por sus manos, y el sentimiento del pudor colora por vez primera sus ajadas mejillas con las sonrosadas tintas del sol poniente. Se guarece del viento y de la lluvia, trenza su flotante cabellera, contempla su rostro en el fondo del manso arroyo, siéntese bella y su alma se estremece al armarse con nuevos encantos, fundamentos de su poder. Amasa el toscopán de la primitiva espiga, y arrastrado el dueño por invencible simpatía, lo parte con ella en la mesa de su hogar; eleva la condicion de su primera esclava, y cuando la misteriosa Psiquis tiende las esmaltadas alas en las sombras de la noche, suspira ella por más noble destino, articulando temblorosa la primera sílaba de una arrebatadora palabra, que pronunciará luego entera el Redentor del mundo.

Estremecida la tierra por una profética inquietud, asiste al drama santo del Gólgota. La doctrina sublime del Evangelio proclama la igualdad y la libertad, instituye el matrimonio cristiano, funda la familia actual, asienta los salmeres de donde arranca el arco esbelto de la civilizacion moderna,

y sobre las ruinas del inmundo materialismo levanta como símbolo de la redención del espíritu un instrumento, hasta entonces de deshonor y de muerte.

La severa plegaria que desprecia la carne, apaga los eróticos himnos que se elevan al Lingam en la pagoda India; á Phalo en los templos de Ménfis; á Mythra en las orgías de Sardanápalo, á Priapo en las afrodisias de Corinto y Atenas, á Vénus y Baco en las bacanales y catagogias de la orgullosa Roma. A la voz del cristianismo la mujer se trasfigura; no es ya la mísera esclava que perpetúa la especie; no es la sombra sin dignidad que proyecta el hombre, no es la hija del Eufrates que espera bajo el mirto sagrado de Milyta la ofrenda del caminante, no es la impúdica y licenciosa sacerdotisa de Isis, Afrodita y Baco; no es, en fin, la esposa parcial y mudable del matrimonio múltiple de la poligamia.

El trabajo empieza y las lágrimas acaban el rescate de la mujer. El bautismo la igualó al hombre, el martirio la elevó al cielo; la nueva ley la hizo reina absoluta del tálamo y del hogar. Tuvo personalidad y creció en virtud: tuvo entre sus hijos un puesto digno y elevado, y derramó sobre ellos tesoros de ternura; fué la compañera inseparable y única de un solo hombre, y despertó en su corazón una íntima simpatía, un lirismo de amor, casto y purísimo como la oración del ángel. Adquirió el derecho de guardar el sueño inocente del recién niño, de leer en su alma las páginas de su corazón, de darle con su sangre el alimento del cuerpo, de prestarle con su virtud la sávia del espíritu, de enjugar su llanto con ardientes lágrimas, de consolar sus pesares con una santa balada de amor, de velar por él desde las alturas celestiales al lado del Eterno.

El matrimonio cristiano es la dicha constante en la tierra. Mirad. Allá en el crepúsculo de la tarde vuelve un hombre fatigado, llenos de polvo los vestidos, cubierto de sudor el rostro, visibles las huellas de su rudo trabajo. Dulce y amorosa reanima su mujer el fuego moribundo del hogar con nueva leña, las agotadas fuerzas con sabrosa cena, el apagado espíritu con sonrisa henchida de gozo y alegría. Aquel hogar humilde es un templo levantado á la felicidad, cada corazón es un altar donde se adora la virtud. ¡Oh! tiene razón el malogrado autor de *La Mujer*, „amad cristianamente: este es el único bien que hay en la vida.“ En el matrimonio cristiano, los esposos viven y mueren y renacen juntos; la muerte sólo suspende su felicidad, el mismo sudario los envuelve entre sus pliegues; labra el cincel sus estatuas en el mismo mármol, y se confunden en frenético abrazo al encontrarse más allá de los límites del sepulcro.

La ley civil escribió en su libro el mandamiento cristiano; sobre este santo matrimonio, modelado por la Divinidad, se fundó la unidad social que se llama *familia*.

Basada en la virtud, en la moral, en la religión, dió á la humanidad el tesoro de dicha que en vano buscaba agotando los placeres torpes de la materia. Y al llegar á este ideal supremo de la perfección, la especie humana bendijo su destino y realizó los portentos del progreso.

Sin la familia cristiana, señores, no hay sociedad ni civilización posible; *la familia* es la molécula que, unida á la molécula, forma la sola roca capaz de desafiar serena el temible poder de las olas del destino.

¿No lo habeis oido á los doctores del materialismo? Pues en todos los tonos lo repiten: la vida es un vértigo pasajero de la materia, que se adquiere al nacer y se disipa al morir. El hombre es un sonámbulo construido por la fatalidad, ley única que rige la agrupación de los átomos en la forma humana. Esta deplorable creencia conduce á todos los absurdos posibles. Se tiene una idea estrecha y ruin de la virtud, de la pureza de sentimientos, de la nobleza, de la resignación, del sufrimiento. Si la realidad fuera tan negra, la existencia seria un sarcasmo cruel, porque sin esperanza de otra mejor vida, sin la sublimidad de la resignación por la virtud, ¿quién podría sufrir las contrariedades de la vida? ¿Quién no se sublevaría contra el dolor, la miseria, las desigualdades naturales, las diferencias sociales? ¿Quién no acusaría de bárbara á la naturaleza por haber dado al hombre ese cortejo inagotable de dolores, ligados á su existencia como á la luz el calor?

¡Ah! Pero por fortuna nuestra eso no es cierto. El hombre no es sólo materia, la humanidad no es sólo un montón de átomos en movimiento eterno y fatal. Tiene aquel en sí un principio inteligente, que siente y piensa, que es sustancia, que es simple, que se llama el alma. Si no la tuviera, seria, por una parte, el inerte mineral amarrado á la roca por la atracción; seria, por otra, el sedentario vegetal que distribuye, sin saberlo, por sus órganos, la vida escondida bajo su corteza; seria, en fin, el animal que copia en la reproducción su forma, sus hábitos, su vida entera, sin progreso y sin adelanto, como copia el troquel la efigie de la moneda.

Puesto que existe en el hombre el aliento de

Dios, el alma, el libre albedrío, necesita ajustar sus acciones á un criterio; hé ahí la moral, prescrita por la razón. Tiene deberes que cumplir con respecto á sí y á cuanto le rodea; el primero, el más fundamental de esos deberes es el amor, fuego que amasa y funde una voluntad con un objeto. Y dirigir la voluntad hácia la causa suprema de la Creación, es creer en Dios, y venerar y adorar en el silencio de nuestro espíritu su sabiduría, es rendirle un culto interno, y manifestar esos nobles sentimientos de gratitud y admiración por medio de signos y acciones, como se manifiestan á los héroes y los géneos de la tierra con estatuas y monumentos y honores y aclamaciones, es profesar el culto externo; y tributarle, en fin, estos cultos de la manera que nos haya prescrito, es vivir en la religión que quiso revelarnos.

La idea de Dios ha nacido con el hombre; la voluntad se ha dirigido siempre hácia la causa suprema, con temor al principio, con dulce amor después. Las sombras fatídicas de la espesa selva, la arrogante majestad de los gigantes vegetales, el trueno fragoroso y el rayo destructor, el cráter humeante y el horrible terremoto, estremecimiento imperceptible de la epidermis terrestre; la vida misteriosa y la muerte aterradora, hieren el alma del salvaje cazador, que, trémulo de espanto, hincó la rodilla ante una majestad desconocida é iracunda, eleva al cielo con sus miradas súplica humilde y levanta la primera piedra del altar erigido á un poder que le amedrenta.

“El terror ha hecho los falsos dioses,” porque esa religión primitiva, fugaz como el relámpago que la produce, se dirige á una divinidad ruda y grosera, tal como la puede dibujar ese primer destello de verdad que alumbró la noche bramadora de los bosques. No la vé aquel hombre más que á través de su hambre y de su sed, de su frío y su piel abrasada, de sus males y miserias, y se la figura un Sér vengador, irritado y terrible que alienta en el huracán, que habla en el trueno, que aniquila por el rayo, que se envuelve en la tempestad y el terremoto. Para aplacar esa mentida divinidad-furia, ofrece en sus aras sangrientos sacrificios humanos. Y en esa primera hora de la humanidad la religión es el terror, el culto es la sangre humana, la oración un lastimero gemido.

Es la segunda etapa del progreso, cuando el hombre guarda el rebaño ó siega la mies, la tienda ó la cabaña le defienden de la crudeza del tiempo, viste sus carnes y asegura su alimento con su trabajo. Por eso adora á Dios, no en su ira, sino en su misericordia, y ménos cruel, sustituye al hombre el manso buey ó la inocente oveja en el ara sangrienta del sacrificio. Desde el fondo de

su pequeñez habla á la Providencia, se dirige á la inmensidad del bien, articula la oración, sagrada correspondencia entre el Creador y la criatura.

Aunque con nombres distintos en todos los pueblos de la tierra, aun en aquellos cuya memoria yace envuelta en las densas brumas de una antigüedad remota, se adora á Dios, se practica una religión.

La India, vetusta abuela de las naciones, encierra su sistema filosófico en una teogonía admirable. Su Dios es Brahma, la sustancia única; pero fundada en el principio eterno de vida y muerte, encierra su divinidad tres entidades; Brahma que crea; Vichnou que conserva la vida derramada por Brahma; Siva implacable que mata y destruye y renueva el organismo y sus formas. En estos tres atributos de una sola entidad se vislumbra el primer rayo de un sublime misterio de nuestra religión católica, La metempsicosis, después resucitada por los griegos, y hoy cambiada en espiritismo, existe ya en el libro sagrado de los Vedas; las emanaciones de Brahma crean el universo, y todo indica en esa doctrina la revelación en que se mecía la cuna del linaje humano.

La Pérsia guerrera, que domina con sus armas desde el Indo hasta el Líbano, tiene también su libro sagrado, el Zen-Avesta; su Dios creador, Zernane Akerene; su dualismo representado por Ormuz, géneo benéfico vestido con la púrpura del sol, y Ahriman, géneo destructor envuelto en las tinieblas del mal. La divinidad para el egipcio se descompone en dos poderes; Osiris, sol fecundo y generoso, principio del bien, y Tifón, símbolo de la destrucción, de la peste y la esterilidad. Ese dualismo, convertido más tarde en herejía por Manes, domina en la sabia Grecia, en muchas al ménos, de sus escuelas, y de un hecho rudo y fatal se cacan los atributos de Dios. Las transformaciones de la materia, la vida y la muerte, los signos contrarios son la fatalidad, yugo del hombre, cadena del destino, porque el maniqueísmo es la antítesis del libre albedrío.

Los hebreos sacuden ese yugo, dan unidad á la idea de Dios y se sacrifican bárbaramente en brazos del monstruoso Moloch millares de tiernos infantes, pero pronto derriban de los altares al Saturno-becerro y erigen á Jehovah único y absoluto, el Dios espíritu, el Dios abstracto, envuelto aun en una auréola de amenaza y castigo.

La palabra de Cristo escribe la página de oro en el libro de los siglos, es la última campanada en el reloj del politeísmo espirante, el primer destello de una civilización naciente. El Dios humilde y bueno, el Dios del sufrimiento y la pobreza, el Dios sin armas y sin venganzas, sin rayos y sin

truenos, el Dios de paz y caridad, desata los lazos de la materia, enseña el desprecio al bien efímero de la tierra, señala otra patria mejor que este suelo del dolor, ahuyenta y desvanece el principio del mal, predica la fraternidad, destruye las castas, abre el libro encantado de otro destino superior, santifica el trabajo, regenera al hombre y sella con sangre preciosa su amor á la humanidad. El dogma del Evangelio, la moral cristiana, redime á la humanidad de las cadenas de la materia, y desatados los lazos del espíritu ya emancipado, vuela por las regiones del adelanto, persiguiendo en rápida carroza la perfeccion.

El ateismo como hecho no ha existido, pues, en ningun pueblo; como creencia quizá no existe en el sér racional, porque el ateo sustituye al Dios espíritu el Dios materia; como doctrina, es absurdo, irracional, funesto.

Proclamar el ateismo es querer matar los sentimientos nobles y puros del alma, pretender sustituir la ciencia á la religion, es ignorar lo que es religion y lo que es ciencia. La ignorancia, solo la ignorancia, ó en su defecto la mala fé, son capaces de semejante dislate, pues que no solo no son incompatibles la ciencia y la religion, sino que es la ciencia camino para conocer á Dios, y llegar á entrever un fragmento imperceptible de su infinita sabiduría.

* * *

¿Quién fué el autor de la creencia en Dios? Nadie lo sabe, porque nadie fué. Nació con el primer hombre, y nace y nacerá siempre unida al pensamiento. Todos los hombres, en todas las latitudes, en todos los tiempos, conocen á Dios. ¿Quién les inspira esa idea universal, comun, sin origen y sin fin? La inspira el mismo Sér necesario, que no es el hombre (puesto que ningun hombre es necesario), ni el mundo real; que existe, pues, fuera del alma y de la materia, que es causa del mundo, que es el mismo Dios.

El hombre tiene en sí y fuera de sí la demostracion de la existencia de Dios. Todos los hombres, absolutamente todos, creen ciertas verdades científicas. Aunque sean verdades ideales, aunque ninguna realidad les corresponda, la razon afirma su certeza. Estas verdades necesarias no lo son ni por nosotros, ni por los objetos á que se refieren; debe, pues, existir una causa que les sirva de fundamento; causa real correspondiente á una inteligencia suprema, origen de esas verdades y de su necesidad. Esa causa es Dios, y el hombre, en su

sér inteligente, lo conoce por ese comunismo de la razon humana.

Fuera del sér inteligente, todas las maravillas que nos rodean, señalan tambien como causa un Divino Artífice. Nuestro sér limitado con sus limitadas facultades, no abarca la inmensidad, y la inmensidad es Dios. De materia se forma nuestro cuerpo, sobre materia vivimos, la materia nos rodea. ¿De dónde viene esa materia? ¿Quién la creó? ¿A dónde vá? "En la naturaleza nada se crea, nada se pierde," ha dicho el malogrado Lavoisier. Cierito, pero todo se transforma. ¿Quién dió las leyes de esas sublimes transformaciones que el átomo silencioso y la ciega molécula obedecen fatalmente? Se agrupa la materia, forma planetas, mundos, soles; el espacio se puebla y el ojo humano descubre millares de ellos, y deja de percibir millones. ¿Para qué existen? ¿Cómo se mueven? Y ahí los teneis rodando eternidades de tiempo con velocidades vertiginosas, y parecen clavados en el mismo sitio. Ahí los teneis, son grandes, son colosales, inmensos, y parecen plateadas arenitas, sembradas en el manto azul de las tinieblas, solo para recreo de este insignificante huésped del humildísimo planeta que habitamos. Por do quier el infinito y la eternidad. Y decidme; ¿cómo explicariais sin la idea de Dios tantas sublimes grandezas? En esa inmensa página del infinito, cuyas letras son los mundos, está claramente escrito el nombre del Creador.

Las formas regulares geométricas, perfectas del mineral; las funciones maravillosas del vegetal; las armonías orgánicas de los animales; las sensaciones humanas, todos los misterios que nos rodean, que experimentamos cada instante sin apercibirnos de ello, ¿son hijos de la torpe materia? Maravillas, armonías, eternidad en el tiempo, inmensidad en el espacio, ¿de dónde salís? ¿Sois tambien producto de un azar? Bien claro os dice que nó vuestra conciencia. Pues ¿quién los produce? ¿Quién empuja el cuerpo sobre el cuerpo? ¿Cuál es el origen y el manantial de la fuerza? Solo una causa poderosa, exterior á lo creado, anterior á lo creado, pudo legislar sobre la creacion. ¿Veis, veis á Dios en los detalles de su propia obra?

Solo el ciego de entendimiento no vé á Dios revelado por la naturaleza. Luz, calor, electricidad, magnetismo, afinidad, gravitacion, catalipsis, vida, inteligencia, instinto y otras mil esfinges silenciosas amontonadas al paso del hombre, ¿de dónde nacen? No sabemos lo que son; la ciencia cuando no puede explicar una accion le pone un nombre, y la vanidosa humanidad se satisface con él; pero solo Dios es el Edipo que puede precipitar en el mar de su infinita sabiduría esa muchedumbre de inmóviles esfinges.

La ciencia acerca el hombre á Dios porque es la aspiracion á la verdad. Cuando descubre en los hechos tantas maravillas, busca en vano las causas y solo hala hipótesis deleznales en el arsenal fecundo de su entendimiento. Por esas maravillas conoce á Dios; por eso le admira en sus obras, por eso le adora en su corazon, y al remontarse á las causas hinca asombrado la rodilla ante el esplendor de tanta sabiduría.

El sábio ora, como ora el monje; sólo que la oracion es distinta. El cántico del monje sube hasta el trono de Dios entre los acordes melancólicos del órgano, y su eco retumba en la bóveda majestuosa del templo. La plegaria del sábio es la verdad que descubre tras afanosas vigiliass y trabajos inmensos que la humanidad ignora. La oracion de Kepler es su ley de las órbitas; la de Newton, su sistema; la de Leibnitz, su algoritmo, cánticos eternos de alabanza al Creador que se repetirán de generacion en generacion hasta la última hora del postrero dia del mundo.

Pero la ciencia depende del estado relativo de adelantos humanos, y nula al principio, crece y se perfeccion por la accion de los tiempos. Es falible y errónea, como hija del hombre, y así, desconociendo las causas, sólo acierta cuando interpreta bien los hechos. Abrid la historia de las ciencias, y leed. Ayer era verdad el sistema planetario de Ptolomeo, hoy es mentira y se demuestra el de Copérnico; ayer no pesaba el aire, lo aseguraba el mismo Galileo, y poco despues probaba y medía el sábio el peso del aire; ayer la luz era una emision, creedlo bajo la palabra de Isaac Newton, hoy es una série de ondulaciones; ayer era un dogma la piedra filosofal, hoy es ridiculez insigne; ayer, en fin, y este ayer es de sólo diez años, habia *agentes* desconocidos y diferentes llamados calor, luz, electricidad, magnetismo, hoy no existen esas monstruosas modalidades, y solo se conoce la *materia en movimiento*. ¿Qué quedará mañana de este brillante y arrebatador principio?..

Pues hé ahí lo que pretenden sustituir el grosero materialismo al cultivo de Dios; al culto de lo variable, lo falible, lo humano, lo deleznable. Por eso repetimos que ni conoce la ciencia, ni sabe lo que religion significa. No admite la idea de Dios, que explica toda la creacion desde el átomo hasta el astro y deifica la ciencia que en sus causas no explica nada, ni el astro, ni el átomo. No admite á Dios, verdad absoluta, y levanta la ciencia aspiracion á la verdad. No admite, en fin, lo necesario, y declara necesario lo contingente.

Los ateos no admiten á Dios, y sin Dios no hay vida futura. ¿A qué, pues, sufrir trabajos, miserias y dolores en la presente? Puesto que la recompensa ha de ser la misma, gocemos..... gocemo

sin tasa ni medida. Esa es su cómoda teoría.

Sin Dios no hay moral, no hay peso que domine la conciencia, no hay amor al bien, ni al prógimo; la virtud es una quimera ridícula; las desigualdades naturales, irritantes privilegios; los lazos de familia, el cariño de hijos y esposos y hermanos, hechos naturales sin valor alguno; el deber es una insensatez, y nada hay, en fin, sobre el hombre ni superior á él. Todo está creado por el azar para servirle y rendirle homenaje; hasta se digna permitir al sol que siga alumbrándole. Así se rompen todos los vínculos morales y sociales; así no hay deberes, ni por consiguiente leyes que los sancionen; no hay principio de autoridad, no hay, para concluir, más que un revuelto mar de pasiones flotando en un caos.

Pero nosotros no creemos nada de esto. Nosotros, que vemos á Dios en el fondo de nuestra conciencia, en la luz que hiere nuestra retina, en la cúspide de la montaña misteriosa donde nacen los rios de la vida, en las orillas del mar aterrador de la muerte donde desembocan; nosotros, creyentes por la fé, por la conciencia, por la razon; nosotros, que hallamos en su nombre la tabla del naufrago y compadecemos al materialista, cuyo horizonte es la desesperacion, nosotros le rendimos hoy el homenaje de nuestra existencia, que todos, ateos y deistas, debemos al soplo vivificador de su eterna voluntad.

* * *

"La necesidad de mejorar la suerte de las clases trabajadoras, es el problema eterno de la Historia," dice el docto autor de "La cuestion social en Valencia," y en verdad que tiene razon, y que debemos felicitarnos del modo como la época presente resuelve las múltiples fases de ese problema, á medida que se van presentando.

El esclavo que en las primeras edades pone su fuerza al servicio de la fuerza; el hombre condenado á vagar por la tierra encorvado bajo el peso de la servidumbre; el despreciado pechero que afronta para vivir el deshonor del trabajo; el maquinal artesano semejante á la abeja en su eterno reproducir la misma obra, son formas anteriores que pasaron para no volver, del obrero libre de nuestros dias. Cada fase social, cada época histórica, cada etapa del progreso, ha roto un eslabon de su penosa cadena, y en sucesivas evoluciones ha redimido el trabajador su libertad primero, su dignidad despues, su bienestar hoy, y su fortuna. En otro lado y con otro motivo lo he dicho ya;

perdonádme que os lo recuerde, pues que tan á cuento viene (1).

“En el órden moral el obrero de nuestros días es el hijo de la civilizaci6n moderna, con todos los caracteres, con los derechos todos inherentes á la personalidad humana. No lleva sobre su frente el estigma de casta, que arrastra á orillas del Indo el soudra con su cadena y el vayssia en el terruño. No es la máquina humana que levanta á Damasco y á Palmira; no es el demiurgo desheredado de la famosa Atica, ni el envilecido esclavo de la sábia Grecia. No es el siervo adicto á la gleba de la soberbia Roma; no es el despreciado plebeyo de la Edad Media; es el honrado artesano, el noble obrero, y sucede así, porque la série de los tiempos ha destruido las grandes injusticias.

Ya no hay castas de hombres; ya el trabajo no envilece ni el contacto del trabajador mancha; hoy, al contrario, el trabajo es timbre de nobleza, y las vallas que en estrecho y deshonoroso recinto encerraban á los obreros de la materia y de la inteligencia, y los separaban de los demás hombres, destrozados y deshechos yacen en el camino de la historia. Este triunfo de la raz6n, iniciado por el Hijo divino de Nazareth, ha conquistado al obrero la personalidad humana; le ha emancipado del durísimo y triple yugo que le convertía en máquina de carne, y le clasificaba entre las cosas y las riquezas, y le ha abierto todos los caminos de la perfecci6n.

En el órden material es el obrero de hoy un prodigio de bienestar, comparado con el obrero de ayer. Todas las maravillas de la industria, todos los adelantos de las ciencias, de la medicina, de la farmacia, de las artes, son otros tantos himnos con que la humanidad le saluda, pues en provecho suyo vuelven con el flujo y reflujo de la mar social. Las máquinas perfeccionan, multiplican, abaratan los productos, los ponen al alcance de las fortunas más modestas, de las clases proletarias. Regalo de príncipes y poderosos de la tierra eran en tiempos del tetrico vencedor de San Quintin las medias de punto. Un prodigio mecánico, ya harto comun, permite al último trabajador gozar del abrigo, el aseo y la comodidad de esa prenda tan necesaria del vestido. En 1664 recibía el Rey de Inglaterra como dádiva extraordinaria y preciosa dos libras de té de la China. ¡Cuántas muestras de té y á qué precios tan baratos se ven en la galería del Japon! Solamente en Inglaterra hay más de 130.000 comerciantes en té, que venden sobre 70.000.000 de libras anuales y pagan al fisco 600.000.000 de reales. El té, como yerba salutífera

y como recreo, lo puede tomar hoy el hombre de fortuna más escasa. Y las telas y los tejidos, y el menajecasero, y la salubridad de las habitaciones, y las mejoras de la poblaci6n, el alumbrado, la limpieza, los medios de instrucci6n, el asilo para los niños, el hospicio para los enfermos, y mil y mil detalles que le rodean y acompañan, y forman el gran cortejo de la civilizaci6n moderna; redundan en provecho del más humilde obrero que, gracias á ellos, vive con más ó menos holgura, pero al fin como los seres racionales sus semejantes y sus iguales.

Recorra el obrero todas las manifestaciones del trabajo humano en Viena reunidas, y haga despues su balance con la sociedad. Vea lo que le debe y vea lo que le dá. La casa donde se alberga, la silla donde se sienta, la ropa con que viste sus carnes, los comestibles de que se alimenta, todo, absolutamente todo lo que para la vida sirve, está hecho ó transformado por la sociedad.

¡Maravilla incomprensible! ¿Quién es capaz de calcular los millones de hombres que se han ocupado en fabricar su chaqueta? Fué primero necesario acumular trabajo anterior para fundar los capitales, sin los cuales la producci6n es embrionaria ó nula; se cortó el blanco vellon de la mansa oveja, y las cardas y la filatura y los tintes y el telar y el batan lo convirtieron en paño. El comerciante lo tomó en la fábrica y lo vendió en la ciudad, empleando la industria traginera; el sastre lo ajustó al cuerpo; alguien lo cosió con materiales fabricados por mil manos; y hasta convertir la lana en chaqueta ¡cuántos miles de obreros, cuánto ingenio y cuántos capitales trabajaron en ello! La sola aguja con que la cosió el sastre es un grandioso monumento levantado al trabajo y á la inteligencia. Un pedacito de agrisado mineral se convierte en finísima y delicada aguja. ¿Por cuántas manos ha pasado? Pues, como la modesta aguja, hay maravillas que si no nos asombran por lo comunes, espantarían al Robinson que fuera capaz de imaginarlas. Y como esa son todas las de la industria moderna, y el obrero las goza y las disfruta, y la sociedad se las proporciona y las mejora, y se afana por aumentarlas, y él en cambio sólo le devuelve un trabajo constante, una obra siempre igual, una producci6n que es una gota de agua en el Océano de la variedad que le rodea. ¿Y es esa la sociedad egoísta que *roba y deshereda* al trabajador, como supone la venenosa Internacional?

Las condiciones del trabajo son hoy más humanas, y en cuanto posible es, más cómodas que ayer. La forma primitiva del trabajo es la aplicaci6n directa de la fuerza muscular del hombre á la metamorfosis de la materia. El obrero, por repugnante que ahora aparezca, es la máquina y es

(1) Del Túrria al Danubio. Memorias de la Exposici6n Universal de Viena.—Valencia, 1875.

la bestia en esta aurora del mundo: conquista después el metal, lo ablanda sobre el yunque, y aumentando con este poderoso músculo los suyos, por naturaleza débiles, doma y modela la materia, y reina sobre ella como señor y dueño. Sustituye á su hermano con el buey que ata al arado, inventa las máquinas y artefactos, liberta al esclavo cambiándolo en siervo, y redime al siervo transformándolo en hombre. El trabajo reviste en estos rescates y en cada progreso formas más humanas, y esa multitud de máquinas incansables, que se extienden ante mis ojos, libran al hombre de las penosas y horribles tareas que sellara un día con hecatombe sangrienta. Ya, gracias á la lámpara de Davy, los *espíritus maléficos* no castigan con espantosa muerte al supersticioso minero que, al caer envuelto entre las ruinas de la galería, se cree de buena fé víctima del Averno; ya en el taller de metales no se respira el mortífero y destructor efuvio; ya en la cueva el aire es grato, y ya la luz vivifica tantas industrias como antes tenían por albergue el húmedo y lóbrego sótano ó estrecho y hediondo subterráneo. El trabajo es más humano, más llevadero, más soportable, más fácil; y si aún queda algun lunar, alguna por suerte rara excepción, el progreso la corregirá y en adelante borrará sus tristes huellas.

Esta rápida ojeada sobre la suerte del obrero, demuestra que su situación es incomparablemente mejor que la del trabajador y el menestral de todos tiempos, aun de los siglos XVII y XVIII. En el orden moral tiene su personalidad y posee íntegros todos los derechos del hombre, que indisputablemente le corresponden, pero que jamás gozó con la amplitud de hoy. Obreros de la inteligencia y de la materia éramos todos los miembros del Gran Jurado internacional de la Exposición; prueba notoria de la justicia y del culto que todos los países del globo rinden hoy al *trabajo*, nobleza moderna. En el orden material disfruta, como todos, de los portentos industriales; su existencia, más ó ménos humilde, no es la que arrastraba con el estigma humillante de la casta, es parecida á las de sus semejantes. En la órbita del trabajo goza de todas las comodidades, de toda la seguridad que es posible alcanzar con los adelantos asombrosos de las ciencias. Y luego ante su vista se extiende, incitante y tentador, un porvenir de bienestar que alcanza con el trabajo asiduo y el ahorro constante, formando así hábitos de virtud social, que entre sus pliegues esconden la dicha y la felicidad."

Para alcanzar tan lisonjero porvenir solo necesitáis practicar esas virtudes del trabajo, manantial fecundo é inagotable de bienes y de prosperidad. Ya lo habeis visto; la tendencia del progre-

so moderno es emancipar al hombre del trabajo corporal, sustituyéndole con la fuerza de la máquina. La mecánica en sus maravillosas combinaciones devuelve á la humanidad el caudal de fuerzas que antes gastaba en el trabajo huérfano de inteligencia. Este adelanto es la revelación del pensamiento en el obrero; su inteligencia funciona para dirigir el trabajo de la máquina, y la máquina, ahorrándole la fatiga de su cuerpo y multiplicando sus limitadas fuerzas, trabaja para realizar el designio de su inteligencia. Con esta fórmula de la civilización moderna las clases se borran, caen las vallas que dividían por tradición, zonas gerárquicas, y es el trabajo la palabra cabalística que dispone de la fortuna del hombre, es la solución cristiana del gran problema social, es la convergencia armónica de todas las aspiraciones legítimas que luchan noblemente en palenque abierto, partido en justicia el campo y el sol, es y será la misión sagrada impuesta por el obrero sublime de los cielos, al obrero humilde de la tierra.

JUAN NAVARRO REVERTER.

LOS ORADORES DEL ATENEO.

D. EMILIO CASTELAR.

Estudio.

¡Castelar y el P. Sanchez!

No es posible negar que nuestra patria es incomprendible y caprichosa por extremo. Unas veces se dedica á lo sublime, y sumergiéndose su mano en lo profundo, arranca del rizado mar de su poesía una figura como Castelar. Otras se entrega con pasión á lo cómico, y despidiendo de su seno entre muecas, carocas y contorsiones oradores como el P. Sanchez. Castelar y el P. Sanchez son el alfa y la omega de mi humilde trabajo. He salvado como pude el paso que media, según dicen, entre lo ridículo y lo sublime.

Pero abordar el carácter y la fisonomía oratoria del señor Castelar ofrece un sin número de dificultades. La primera y más principal, en mi concepto, es la falta de perspectiva. La figura de Castelar, como orador, diré, empleando una locución técnica, que está tallada en colosal, y es de todo punto im-

posible, sin alejarse un tanto, apreciar con exactitud su valor artístico. Confieso que no puedo darme cuenta cabal del sitio que ocupa en el horizonte del Arte, y entrego por lo tanto esta mi semblanza á la enmienda de los futuros. Otra de las más grandes dificultades que se me ofrecen es el compromiso formal que he contraído al comenzar mi tarea de eliminar por entero el aspecto político del orador para ceñirme exclusivamente á su aspecto académico. ¡Oh! si á mí me fuera dado mirar, siquiera fuese con el rabillo del ojo al Parlamento, ¡con cuánto grande hombre pondría á mis lectores en contacto! Les contaría la vida y milagros de aquel insigne orador que al terminar su discurso se sentó con la mayor dignidad sobre el vaso de agua; y los de aquel otro que tratándose de la langosta pidió la palabra para una alusión personal; sin olvidarme tampoco de aquel que al llegar en su discurso cargado de apóstrofes, epitomemas, perífrasis y concatenaciones á la frase: «pensais tal vez, hombres ilusos, que Napoleón...» la repitió trece veces, y murió con Napoleón en la boca, realizándose en los escaños del Congreso aquel día un Waterlío de risa. Pero yo no soy cronista del Parlamento, sino del Ateneo, y es fuerza que guarde en el fondo de mi pupitre las historias que acabo de mencionar y otras muchas no ménos sabrosas y divertidas. De ello me pesa con toda el alma, porque estos señores académicos tan graves y comedidos que no son capaces de romper un plato, ni de sentarse sobre un vaso de agua, me obligan á guardar demasiada ceremonia. Siento que allá, por los laberintos de mi imaginación, viene, vá y torna un espíritu retozon y travieso que está ganoso de réir á toda costa, y me empuja fuertemente á ocuparme de otra ralea de oradores ménos sábios, ménos artistas, pero más amenos.

También hoy es necesario que dormite en la más enervante postración. Se trata de Castelar, del más grande de nuestros oradores, y me veo en la precisión de ponerme el frac y adoptar un continente grave y respetuoso. Castelar, como orador, no pertenece solamente al Ateneo, pertenece á España, pertenece al mundo, pertenece á la libertad. La tiranía ha tenido á su servicio grandes filósofos, juristas y hasta poetas, jamás ha tenido un grande orador. Cicerón, Demóstenes, Mirabeau, O'Connell y Castelar son hijos de la libertad. Es que el filósofo, el jurista y hasta el poeta mandan sus cuartillas corregidas á la imprenta, mientras el orador lanza su alma toda entera, sin tachas ni raspaduras, por la boca y por los ojos á la muchedumbre. La muchedumbre, que no es capaz de percibir toda la perfidia que puede esconderse entre los renglones de un libro, ve con admirable instinto la que se oculta bajo los ojos de un hom-

bre, y sabe matar con el desprecio al que la engaña.

Castelar en la ciencia, en el arte y en la vida, representa un pensamiento amable, pero inverosímil y extraño para nuestra deformada sociedad. Este amable pensamiento se llama en la ciencia panteísmo, en el arte realismo y en la vida armonía.

Diez y nueve siglos hace que el espíritu, por un acto de energía sobrehumana, redujo á la impotencia las exajeradas pretensiones de la carne, y desde entonces mostróse el vencedor á tal punto soberbio, que negó con desprecio toda intervencion en sus olímpicas decisiones á las influencias de la naturaleza. Durante toda la Edad Media se escuchan los lamentos desgarradores de aquella víctima propiciatoria del ascetismo cristiano. La edad presente ha tendido una mirada compasiva á esta sierva de la gleba del espíritu. ¡Cuánto tiempo habrá de trascurrir, no obstante, antes que el espíritu nos convenza de la sinrazones del espíritu!

Castelar es un campeón de la causa de la naturaleza. Es panteísta en el gran sentido de la palabra, en un sentido fundamental. Esto ha hecho pensar á muchos que el famoso orador es hegeliano. No puedo creerlo. No es Hegel el que ha hecho panteísta á Castelar, sino que, siendo el panteísmo inherente y virtual en su modo de sér, ha permitido que la filosofía hegeliana influyera poderosamente en su espíritu. Pero Castelar no es el panteísta especulativo que procede con rigurosa dialéctica para encerrar el pensamiento en un sistema, no; es el poeta, es el enamorado de las formas vivas que percibe con la claridad de un iluminado el lazo invisible que existe entre los dos aspectos, bajo los cuales el universo siempre idéntico y el mismo se ofrece al espíritu y á los sentidos. La filosofía de Castelar no permanece inmóvil y como cristalizada en el abstracto recinto de una fórmula matemática ó dialéctica, es una filosofía que arranca del fondo mismo de su naturaleza, es una filosofía puramente individual.

Esto significa que nuestro orador no siente la imperiosa necesidad de dar á la vida soluciones concretas, que es á la postre de todo lo que hace brotar los sistemas; la vida le parece demasiado rica, demasiado vária para someterla al imperio de una fórmula inflexible y abstracta. Sin embargo, busca con ánsia la generalización, la síntesis que son leyes del espíritu, huyendo de un particularismo estrecho y falto de perspectiva con el que no podría acomodarse jamás su elevado pensamiento.

Esta filosofía individual no puede ménos de engendrar una religión excesivamente flexible y humana. La inmortalidad se ofrece á su inteligencia como una transformación incesante, como

un progreso sin fin, en el cual el espíritu jamás llega á agotar todas las formas de la vida infinita. Esta religion tiene su catecismo en el gozoso panorama de la naturaleza. En todas las páginas de este catecismo se encuentra grabado el excelso nombre de Dios. Mas el Dios de Castelar (digámoslo muy quedo á fin de que no se entere el cura de mi pueblo con quien he reñido largas peleas sobre este asunto) no es el Dios crucificado, no es el Dios transido de dolor, sino el Dios en quien se expresa todo lo que vive y siente, que incesantemente se trasforma, que incesantemente se modifica, que muere en la naturaleza para renacer en el espíritu, y se ofrece, total y absoluto en una evolucion infinita. El buen párroco tenia razon; Castelar es un hereje. Pero yo tambien la tenia; Castelar no es un hereje.

El arte es una de las formas que ese Dios afecta al bajar sobre la tierra, y nuestro orador le rinde un culto apasionado. Si he dicho que Castelar era realista, entiéndase que no es el realismo efímero de los tiempos presentes el que le cautiva, sino el realismo que parte de la célebre fórmula de la lógica hegeliana, toda idea es realidad, toda realidad es idea. La idea realizándose bajo forma sensible, ese es el arte, y artista el que siente palpar la idea bajo la forma. Tambien aquí percibo claramente toda la razon de mi párroco. Castelar siente que bajo las curvas elegantes de la Venus de Médicis se entraña una idea. El piadoso ministro de Cristo opina que se esconde una infamia. ¿Cómo armoniza pareceres tan contrarios? ¡Allí dónde el uno juzga que se le muestra el infinito, el otro no vé más que los torpes desahogos de un cincel liviano!

No obstante, aunque Castelar representa en la esfera del arte la apoteosis de la forma, no se le puede acusar de haber alentado con su ejemplo ese cúmulo de producciones frívolas, donde la miseria del fondo aspira á velarse por los artificios de la forma. El fondo y la forma en el arte no se distinguen perfectamente como á primera vista parece, sino que mantienen tan estrecho enlace, que es imposible separarlos en la obra bella. ¿Quién seria capaz de distinguir el fondo y la forma en un cuadro de Velazquez ó en una melodía de Schubert? Castelar expresa bellamente lo que acude bello á su pensamiento. ¿Será por ventura responsable de que algunos se empeñen en expresar de un modo bello lo que acude feo y desgraciado á su imaginacion? Lo que es preciso buscar en el arte, y lo que nuestro orador alcanza en grado superlativo, es la espontaneidad individual disciplinada y corregida por la regla, que debe presidir á toda concepcion artística para comunicarla las proporciones convenientes.

Pero se le censura, á mi juicio, con señalada injusticia por el empleo, segun se dice abusivo, de las formas artísticas. Es opinion demasiado extendida que Castelar sacrifica la precision y el rigor, que son los atributos de la exposicion científica, en aras de la fantasía, la cual quebranta y destruye con sus imágenes el encadenamiento lógico y necesario con que el entendimiento enlaza los juicios á los juicios, y las consecuencias á las consecuencias. Veamos lo que hay de fundado en esta censura. Indudablemente el empleo de las formas artísticas en el discurso tiene un límite, y no hay estético que no se apresure á señalárselo. Pero este límite todos convienen que está determinado, de un lado por la naturaleza del discurso y de otro por la naturaleza de lo bello. La belleza de la expresion contribuye poderosamente á llevar el convencimiento al ánimo del auditorio, mas segun que el discurso se proponga demostrar lógica y razonadamente una idea ó sólo infundir el amor á esta idea ó hacerla triunfar en el ánimo del auditorio, así se habrá de restringir ó extender el uso de la forma artística. A este propósito, dice el gran Schiller: "Existen dos clases de conocimientos: un conocimiento *científico* que está basado sobre nociones precisas, sobre principios reconocidos; y un conocimiento *popular* que no se funda más que en sentimientos más ó menos desenvueltos. Lo que es ventajoso para el segundo es con frecuencia contrario al primero." Ahora bien: no debemos echar en olvido que Castelar es el tribuno, no es el disertante, es el apóstol de la libertad y la libertad es una verdad *popular*. No hay duda que fué necesario demostrarla científicamente; pero esta es la obra de la filosofía moderna, á partir de Kant. Castelar concibió la titánica empresa de hacerla amable en este país, cuyo sentido político hubieran pervertido largos siglos de tiranía y fanatismo. Es el fundador de la democracia en España, es el propagador de una idea esencialmente popular y nunca se vió que las ideas populares fuesen difundidas por maestros y pedagogos, sino por poetas y oradores. El profesor busca en su discurso un resultado futuro, el desarrollo intelectual de su discípulo mediante la adquisicion de ideas perfectamente deducidas y probadas; el orador popular aspira á un resultado inmediato y para esto es indispensable que trabaje sobre la imaginacion de sus oyentes, individualizando, haciendo sensibles las ideas. De aquí nace ese estilo animado, lleno de vida y colorido con que los escritores y oradores populares como Castelar difunden sus conceptos, el cual representa una transaccion feliz y armónica entre el entendimiento que busca sobre todo el encadenamiento, la continuidad, y la imaginacion que aspira á tocar y sentir la realidad y

el calor de las ideas. Castelar, por el esfuerzo de su naturaleza armoniosa y comprensiva, junta y agrega lo que la abstracción había separado, y en vista de las facultades espirituales y de las facultades sensibles del hombre se dirige á él todo entero y lo atrae por ese encanto irresistible que producen cuando se encuentran reunidos lo verdadero y lo bello.

En la vida Castelar tampoco representa un fragmento, sino toda la humanidad. La moderación y la actividad que se observa en su conducta es un signo de fuerza. Sólo los débiles son obstinados é impacientes. Contempla la vida con mirada serena y reeje en conjunto todos sus elementos sin predominio ni monstruosidades, porque es un espíritu equilibrado. Se ajusta fácilmente al medio y á las condiciones de su existencia, pero las modifica mediante la influencia de su genio. Castelar entiende que la vida es un arte y no una fiebre, que la continuidad moderada de la acción vale mucho más que una agitación estéril y morbosa: por eso no opone diques inútiles á las corrientes de las ideas, sino que busca el medio de encauzarla para que lo conduzca al resultado que se propone.

Hay muchos hombres que aun cuando fabricados de barro como todos los demás, aspiran á tener la consistencia de los peñascos ó creen cumplir con su conciencia, ofreciéndose inermes al torrente devastador de las preocupaciones, como aquellos indios que se arrojan voluntariamente entre las ruedas del carro triunfal de sus ídolos para ser aplastados. Estos hombres merecen respeto por la pureza de los motivos que los impulsan; pero es necesario convenir en que no deben ser hombres de acción en ninguna causa, porque lejos de contribuir á su triunfo, lo retardan considerablemente. Tienen un puesto señalado en las esferas de la pura teoría, porque son impotentes para discurrir por los laberintos de la realidad. La vida es una continua transacción entre lo ideal y lo real, y aquel que no sabe transigir no debe acudir á ella.

Castelar tiene un fin que llenar en nuestra patria y lo persigue con un celo y al propio tiempo con un sosiego que me traen á la memoria aquellos hermosos y profundos versos de Goethe: "Como la estrella, sin prisa, pero sin tregua que cada uno se mueva dentro de su propia naturaleza." No puede petrificarse en la defensa obstinada de una sola verdad porque pertenece á su obra y su obra es grande y comprende muchas verdades. No puede retraerse de la lucha porque el retraimiento enerva y enmohece la inteligencia. Todavía en estos tiempos en que la vida política arrastra una existencia precaria, cuando se ha hecho un silencio mortal en todos los locutorios de la opinión, cuando no se escucha el crujir de una pluma so-

bre el papel, cuando no se mueve una hoja en los árboles ni una lengua en la tribuna, sólo el gran orador es capaz de sostener la contienda, porque él solo habla un lenguaje que no es el de las parcialidades políticas, un lenguaje que no lastima á nadie y que á todos seduce.

Una vez preguntaron á Sieyes: ¿Qué habéis hecho durante el Terror? ¿Qué es lo que he hecho! He vivido. Y había hecho bastante. Cuando rodando los tiempos le pregunten á Castelar: ¿Qué habéis hecho durante el período del *Silencio*? ¿Qué es lo que he hecho! podrá contestar, he hablado. Y aquellos hombres casi no podrán creerlo.

II

Los que voy á transcribir son datos suministrados por un espíritu, ó si se quiere trasgo con quien suelo celebrar conferencias de importancia suma. Es un trasgo verídico, al ménos por tal le tengo, pero se ha dedicado últimamente con harta asiduidad para lo que corresponde á un duende de su significación, á las lecturas de Hoffman Poe, Fernandez y Gonzalez y otros escritores no ménos alcohólicos, y me temo un poco que su cabeza, como la del ilustre hidalgo manchego, no rija de un modo cabal. Ustedes decidirán despues de haberle escuchado, si conserva un pizca de juicio ó si será preciso oírle como quien oye... á Perier.

No hace muchas horas vino á mí con aire de afectado misterio, y me dijo: "¿Estás escribiendo la semblanza de Castelar, no es verdad?" Sí. "Pues yo, que he vivido con todas las generaciones y en todos los países, te puedo comunicar datos interesantes para tu trabajo.—Vengan esos datos,—repuse. Y entonces el fantasma comenzó á silbar con sigilo en mi oído este inverosímil y descabellado relato:

"¡Castelar! Castelar tiene una historia mucho más larga de lo que tú te figuras. Vosotros sabéis admirar y aplaudir á los grandes espíritus, pero rara vez os deteneis á estudiar su procedencia ó filiación histórica, ni las fuerzas ideales anteriores que han concurrido á su generación. Vosotros los humanos...—aquí el fantasma se despachó á su sabor contra nuestra raza, y hago gracia á los lectores de su filípica, que no les habría de complacer gran cosa."

"Castelar,—prosiguió el espíritu,—es el perfumado regalo que el viejo Oriente envía al Occidente. Salió de la cabeza de Brama cierta noche, en que las estrellas, con un dulce titular llamaban el pensamiento hácia lo infinito, cuando las oscu-

ras ondas del sagrado Ganjes relataban muy quedo á la flor del lotus, que se inclinaba sobre su corriente los misterios inescrutables de la muerte, cuando el piadoso anacoreta postrado en tierra, murmuraba tembloroso su enigmática oracion, cuando el ruseñor turbaba sólo el silencio augusto de la naturaleza con su grito de amor y de esperanza.

«El dios luminoso que le diera el sér, envióle como fiel mensajero de su abdicacion cerca de su hermano Zeos, y éste le prodigó mil agasajos, haciendo brillar su Olimpo con todo el esplendor de sus encantos perdurables. Todo cuanto una imaginacion sobre-humana puede apetecer de dulce y halagüeño, derramólo el monarca de los dioses en su feliz morada para honrar al venturoso embajador. Hasta se pensó en celebrar corridas de toros, pero el dios Apolo, con su séquito de musas, declaró rotundamente que en este caso, no tomaría parte en las fiestas, y fué abandonado el proyecto. Aquella série sin trégua de placeres y delicias, comenzó á cansar á vuestro orador, comenzó á aburrirle la conversacion del dios Júpiter, que no le dejaba ni á sol ni á sombra, y llegó á empalagarle la ambrosía. Así, que un dia, tomando de aquel la régia vénia, descendió por los suaves declives del Olimpo á las llanuras del Atica, y bajo los plátanos del Agora, comenzó á arengar á la multitud de libres cuantos ociosos ciudadanos que allí rendian á la sombra culto á la libertad y al arte.

«Despues le ví multitud de veces, ya en el taller de Fídias, ora en los jardines de Academo escuchando atentamente los discursos de Platon, ora tambien en los misterios de Eleusis dedicado á interpretar los ruidos de las hojas del árbol sagrado al ser heridas por el viento. Parecia feliz y no me preocupé más de él.

«Mucho tiempo despues le volví á encontrar en Roma, cuando ésta, fatigada por las discordias civiles, plegaba sus brazos y bajaba su orgullosa frente ante la majestad de Octavio Augusto. Fué en una sesion del Senado. Se hallaba éste reunido en la Curia Hostilia sobre el Foro. Una docena de lictores que á la puerta vigilaban, anunció la llegada del cónsul Josefo que debia presidir la Asamblea. Antes de penetrar en el templo detúvose en el peristilo para consultar los auspicios, siguiendo la antigua práctica. Parecióme, sin embargo, que al observar las entrañas de la víctima inmolada, se dibujaba en su rostro angular y glacial una sonrisa ambigua y poco ortodoxa. Los sacerdotes declararon que los padres de la patria podian deliberar, y el cónsul entró en el recinto seguido de su cortejo. Una vez dentro, se aproximó al altar de Jano (el de las dos caras) y ofreció-

le el incienso y vino. Despues fué á sentarse en su silla, y como la sesion aún no se habia abierto, muchos senadores rodearon al cónsul departiendo entre sí con grande animacion. Pude notar que aún cuando todos dirigian un diluvio de preguntas al presidente, éste apenas desplegaba los labios, limitándose á sonreir de aquella manera equívoca que ya antes me llamara la atencion y á sacar de su sportilla algunos caramelos que ofrecia con agrado á los *padres*. Estos revolvíanlos en la boca con no poco regocijo comentando al propio tiempo en detalle todos los matices de la sonrisa que los habia acompañado. Los unos pretendian que aquella era una sonrisa de oposicion, mientras los otros la juzgaban de todo punto ministerial. Y entre estas y otras azucaradas razones se abrió la sesion. Uno de los ediles del Senado se levantó para leer una proposicion en la cual se elevaba al *príncipe del Senado* Antonio á la categoría de *Eterno*, la cual hubo de agradar tanto á la Asamblea que prorrumpió en calurosas muestras de entusiasmo. En vano fué que Antonio rehusara con fuerza esta pequeña distincion, pues la mayoría en masa, como un sólo empleado, decidió á todo trance votarla. El edil proponente se levantó entonces á dar las gracias al Senado y suplicó á los *padres* se sirviesen decretar que para conmemorar tan fausto acontecimiento se inmolasen en el templo de la Concordia 150 *ilegales*. En este instante el tribuno Emilio pidió la palabra desde su *subsellium* y reconoció en él á Castelar. Pronunció una brillante arenga combatiendo esta sangrienta proposicion, y haciendo la defensa de las antiguas formas republicanas tan escarnecidas en aquellos dias, por los que volvian su rostro al sol del Imperio, que era el que más calentaba por entonces. Me fué imposible oir por entero su discurso, pues las continuas y ruidosas interrupciones de que era objeto impedian que su voz llegase muchas veces á mi oido.

«No volví á verle en Roma y perdí su pista durante toda la Edad Media. En el siglo xv me dijeron que haciendo unas excavaciones en la ciudad de Agrigento, al levantar la tapa de una urna, maravilloso trabajo del cincel griego, lo encontraron dormido profundamente sobre el manuscrito de las obras de Homero.

«Por último, le ví una vez más en la Universidad central de Madrid. Explicaba la historia del universo en una cátedra de diez piés en cuadro con honores de pasillo. ¡Ay!—exclamé para mis adentros—y cómo echarás de ménos, ilustre heleno, aquellos tapizados jardines del Atica donde tantas veces te he visto conversar con Isócrates y Platon.

En aquel momento el profesor fijó en mí su mi-

rada perdida, y cual si viese mis adentros ó fueran también los suyos, dijo:

—".....
.....Al posar, señores, nuestra vista sobre los campos resplandecientes de la Grecia, sobre el Olimpo, ornado de mirtos floridos, de lentiscos, de laureles, en cuyas hojas brillan eternamente gotas de rocío que descomponen la luz en mil varios matices; monte coronado de un cielo siempre etéreo y azul, desde cuya cima se descubren á lo léjos las ondas del mar, que se rizan en blancas espumas, y el Oriente, la cuna del sol, la cuna también del paganismo, y al ver aquel templo misterioso convertido en ruinas, sus dioses en mómias, secas las flores que lo cubrían, perdidos sus cánticos sin que de ellos quede ni un eco en los aires, desiertas las rientes playas por donde corrían, coronadas de verbena, sus teorías, sus procesiones, una indefinible tristeza se apodera de nosotros y parece que se despierta en nuestra alma un sentimiento hostil al cristianismo."

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

(Concluirá)

UN DRAMA EN EL DESIERTO. *

(Continuación.)

—Ya sabeis, señorita, que siempre voy á mis asuntos, y fuera de ellos no hablo con nadie.

—Creí que habiais ido al vapor á esperar á vuestro amigo.

—Me lo encontré casualmente en el camino, y por cierto que estaba bien léjos de creer que podríamos reunirnos aquí.

—Es verdad,—apoyó Gomez.

—Y á propósito de vapor,—añadió Meneses.—¿Han venido muchos pasajeros? Porque éste,—dijo señalando á Gomez,—ha estado mareado y no ha visto á nadie.

—Aquí no han venido más que dos.

—¿Algunos comisionistas?

—No, señor; un inglés y su señora, una rubia muy bonita y elegante.

—¿Han almorzado ya?—preguntó Gomez, alzando vivamente la cabeza.

—Lo han hecho en su cuarto, y parece que también comerán allí.

Esta noticia pareció disgustar vivamente á Gomez, pero su amigo le tranquilizó, diciéndole:

—No te apures, ya están aquí, y yo te doy mi palabra de honor de que no se escaparán sin que los veas y los hables.

—¡Dios lo quiera!

—Dios quiere todo lo que los hombres desean con vehemencia.

—Ahora ellos descansarán un rato, y si no tienes inconveniente, aprovecharemos nosotros el tiempo dando un paseo por la ciudad.

—Mira que nos vamos á enterrar en lodo.

—Ya lo remediaremos.

—Señorita Josefina,—añadió, dirigiéndose á la jóven que los habia servido.—Haced el favor de mandarnos dar unos *cab-cabs*.

—¿Qué es eso?—preguntó Gomez.

—Ahora lo verás.

CAPÍTULO V.

Las calles en Túnez.—Qué es el *cab-cabs*.—¡Ahí verás tú!

—*Sidi Morguiani*.—Visita al templo.—Fanatismo musulmán.—El barrio moro.—Decadencia de los árabes.—Ciudad cubierta.—Bazares.—Fondas árabes.—*Kabub*.

La repugnancia de Gomez á salir á la calle estaba bastante justificada por la gran cantidad de lodo que habia en ellas.

Las calles de Túnez están sin empedrar y cubiertas siempre por una cuarta de polvo, lo cual hace que, en cuanto caen algunas gotas de agua, se trasforman en lodazales tan grandes y tan profundos, que los que están acostumbrados á vivir en Europa no pueden formar de ellos una idea exacta.

Atravesar á pié una de aquellas calles no es posible mas que para los mozos, que van descalzos de pié y pierna, y por lo tanto no tienen miedo á enterrarse en el súcio y viscoso líquido hasta más arriba del tobillo.

Para el europeo y para el moro que usa medias y calzado, no queda otro remedio que ir en coche ó á caballo: pero lo primero es imposible para andar por las calles de la ciudad, en muchas de las cuales no pueden penetrar los carruajes, y lo segundo tampoco es cómodo para dar un paseo de mero pasatiempo en calles tan concurridas que á duras penas pueden abrirse paso los que van á pié.

Estas dificultades las salvaron los *cab-cabs*.

El *cab-cab* es una especie de estribo de hierro

* Véanse los números 203, 204 y 205, páginas 23, 59 y 91.

que alza cerca de una cuarta. En la parte superior del arco está sólidamente engastada en una gruesa tabla sobre la cual descansa el pié, al que se sujeta con ayuda de algunas correas.

Por mandato de la linda Josefina trajo un moro dos pares de *cab-cabs*, los depositó á los piés de los viajeros y empezó á calzárselos á Meneses.

Cuando éste se puso de pié, quedó levantado del suelo algo más de una cuarta, que es el máximum de la profundidad que se calcula al lodo que cubre las calles.

—Cálzate ahora,—dijo á Gomez, que lo contemplaba con admiracion.

—Pero, hombre, si yo me pongo esos instrumentos no doy cuatro pasos sin venir al suelo y romperme algo.

—¿Qué te has de caer? Con esto vas más seguro que con tus zapatos.

Por fin, Gomez se dejó convencer y calzar, y salieron á la calle, donde, á no ser por la especie de zancos que llevaban, les hubiera sido imposible dar un paso.

Al cabo de poco tiempo, vió Gomez que se andaba bien y sin peligro, y al llegar á la plaza notó que todos los que transitaban por ella, hasta las señoras y niños, llevaban sus correspondientes *cab-cabs*.

Reconciliado ya con su nuevo calzado, tomaron por una estrecha callejuela llena de tiendas á la europea, en cuyos escaparates se veian todo cuanto puede halagar el gusto europeo.

En aquella calle habia porcion de señoras solas ó acompañadas examinando los escaparates de las tiendas con la misma atencion que las madrileñas en la calle de Espoz y Mina.

—Se me ocurre una cosa,—dijo Gomez á su amigo.

—Veamos.

—No valia la pena haber venido tan léjos para encontrar en estas calles, tan súcias y feas, las mismas costumbres, los mismos trajes y hasta las mismos tipos que en Europa.

—Pues, parodiando el dicho de un tristemente célebre ministro, te diré: "Pues ahí verás tú."

—¿Qué he de ver?

—Precisamente lo que te disgusta es lo que más te ha de agradar despues, porque es lo que tiene de picante esta ciudad, donde se encuentran juntas tantas razas opuestas conservando todas ellas su carácter peculiar.

Ahora estamos en *Sidi Morgiani*, que es la calle de moda del *hab-el-bahar*, que es lo mismo que barrio europeo; luego pasaremos al moro, y ya verás cómo la decoracion cambia, cambian las casas, las calles, las tiendas, los transeutes y hasta el cielo.

—¿Cómo hasta el cielo?

—Ya verás. Pero creo que esté abierta la iglesia; si quieres entraremos á visitarla como buenos católicos.

En efecto, inmediata se abria una gran puerta, por la que entraron á un extenso pátio rodeado de columnas.

Por los cláustros paseaban algunos monjes descalzos, con tosco sayal castaño, ceñido á la cintura por una gruesa cuerda de cáñamo.

—Dí me,—preguntó Gomez en voz baja,—¿por qué esos frailes, en vez de llevar sombrero ó taparse la cabeza con la capucha de su hábito, la llevan cubierta con un gorro tunecino?

—Porque ese es el distintivo de todos los europeos, á quien el Bey concede una posicion oficial, y los misioneros son considerados aquí como funcionarios públicos.

—¿Y dónde está el fanatismo musulman de que tanto nos hablan?

—Fábulas, chico, fábulas inventadas por los europeos, que somos mil veces más intolerantes en materias religiosas que los árabes.

Los musulmanes son, generalmente, religiosos hasta el fanatismo; odian de buena fe á los que no profesan su religion; pero, al mismo tiempo, respetan las creencias de todos, llegando hasta tal punto su tolerancia, que jamás obligan á trabajar á los judíos en sábado, y eso que es la raza que más desprecian y á la que más hacen sufrir.

Los cristianos tambien tenemos derecho á su ódio, y es menester confesar que no lo hemos usurpado, pues se deben acordar de que los cruzados han entrado á sangre y fuego en su país, sólo porque no participaban de nuestras creencias.

Nuestro Señor Jesucristo dijo á sus apóstoles.

"Id y enseñad á todas las naciones."

Los apóstoles obedecieron, siendo los primeros misioneros que exparcieron nuestra fé por el mundo, haciendo penetrar la luz del Evangelio en lejanas y bárbaras regiones.

Despues de las Cruzadas volvieron los misioneros á Oriente, y aquí, en vez de encontrar el mar, tirio como á los moros les hubiera sucedido si se les hubiese ocurrido mandar misiones á Europa, fueron acogidos con respeto y hasta con veneracion.

Aquí tienen esta casa que les ha cedido el Bey y con su traje transitan por las calles sin ser insultados.

¡Cuántos años y cuántas revoluciones han necesitado los países que hoy se llaman civilizados para llegar á este grado de tolerancia!

Despues de visitar la iglesia, que no tiene nada de notable, salieron á la calle y entraron en el barrio moro.

Aquí, como habia anunciado Meneses, cambió

por completo la decoracion; las calles no eran peores que las del barrio europeo, pero tenian otro carácter.

Sus casas tenian al exterior pocas aberturas; por lo general, nada más que las puertas herméticamente cerradas y alguna que otra ventana de reducidas dimensiones, defendida por fuertes rejas y espesas celosías.

Ya habian desaparecido las tiendas, los escaparates y las mil ventanas ó balcones del barrio europeo, adornadas de macetas llenas de vistosas flores, entre las cuales asomaba de vez en cuando alguna linda cabeza de mujer para ver sin ser vista de los transeúntes.

Las casas sin ventanas parecen cadáveres de piedra y no pueden ménos de entristecer al que las mira.

—Ya hemos entrado,—dijo Meneses,—en el barrio moro, y esta calle sola te explicará el motivo de la decadencia de la raza árabe.

En *Sidi Morgiani* todo es alegría y franqueza, por que allí reina la libertad, y donde esta domina no puede haber tristeza,

Aquí todo son celos, suspicacia, temor, y por consiguiente, todo aquí es melancólico.

El moro, abusando de su fuerza, degrada á la mujer, haciendo de ella un objeto de lujo, la relega á la ignorancia, y para que no se instruya y conozca sus derechos la cierra tras las fuertes murallas de su haren.

No consulta el corazon de su esposa; la toma porque le conviene y dispone de ella á su antojo; pero, á pesar de todo, su conciencia le dice que la mujer tiene como él pasiones, y su egoismo pone entre esas pasiones y el mundo, una barrera de hierros y celosías. No le importa el cariño de su esposa: sólo aspira al amor material del bruto.

Ese tiránico sistema que el musulman establece en su familia es el origen y el motivo permanente de su decadencia, porque nadie puede violar impunemente las santas leyes de la familia, que es la piedra angular sobre que descansa la sociedad.

El hombre tiraniza á la mujer, y á su vez es tiranizado por sus semejantes.

La madre, acostumbrada á obedecer ciegamente á su amo, pierde la dignidad y la independencia que distingue al sér racional del bruto, y al criar á sus hijos, les inspira las mismas ideas; de suerte que los musulmanes, obedecen por costumbre á sus superiores con la misma sumision que el perro á su amo y el caballo á su ginete.

Lamen la mano que los hiere, y jamás se les ocurre que los hombres todos son iguales, y que los poderes que la sociedad concede á algunos de sus individuos, sólo son válidos mientras los que ejercen el mando cumplen con los deberes que la sociedad les impuso al conferírseles.

Todas las calles del barrio árabe, con cortas excepciones, son tan tristes como esta.

La poblacion indígena sólo se reune en grandes masas en los *Zocos* ó *Bazares*; pero allí no hay casas, sólo se ven en ellas tiendas y cafés, porque el moro evita en lo posible que su hogar doméstico esté cerca de los sitios frecuentados.

Así, en sabrosas pláticas entretenidos, hablando el uno y escuchando el otro, anduvieron largo rato por un laberinto de estrechas, tristes, tortuosas, súcias y lóbregas calles, algunas de las cuales se trasformaban, de vez en cuando, en oscuros pasadizos, merced á los grandes arcos que de trecho en trecho cruzaban por cima de la vía pública.

Por fin, despues de andar bastante, llegaron á una especie de plaza, desde donde se descubria toda la ciudad, dominada por las altas murallas de la ciudadela que mandó construir Cárlos V, y de la cual han hecho los tunecinos una *Kasba*, colocando en su interior una fábrica de pólvora.

De la kasba pasaron al palacio del Bey (*darsel-Bey*) que está inmediato y siguieron recorriendo la ciudad, en la que se encuentran á cada paso huellas de las diferentes razas que se han disputado el país, hasta entrar en una prolongada bóveda donde se agitaba una multitud, vestida de los más abigarrados colores en torno de una porcion de tiendas ó, más bien, nichos practicados en la pared.

Allí habia trajes de tipos de todos los países del mundo y de todos los colores conocidos, envueltos en una media tinta suave y trasparente.

De cuando en cuando, por las grandes claraboyas practicadas en la bóveda, se filtraba un rayo de luz, iluminando un grupo, mientras que el fondo quedaba envuelto en delicadas sombras, presentando á la vista cuadros que no hubiera despreciado el fantástico génio de Rembrant.

—¿Qué es esto, hemos entrado en alguna ciudad subterránea?—preguntó Gomez.

—No es ciudad subterránea, sino ciudad cubierta,—replicó Meneses.

Estramos en uno de los muchos *Zocos* ó bazares de Túnez, y todos están cubiertos con altas bóvedas de ladrillo y cúpulas á ciertas distancias con grandes linternas que esparcen la luz por todas partes con la igualdad que ves.

Aquí están las tiendas, separadas por naciones y por oficios, con la misma regularidad que pudieran estarlo en una de las Exposiciones de Europa.

—¿Es muy grande este bazar?

—Ocupa, por lo ménos, quince ó veinte calles

La palabra bazar es arábica y significa *venta* ó *trueque*, y un mismo bazar puede contener muchos mercados que se distinguen por los nombres de la nacionalidad de las mercancías, ó por

los de su clase: así es que hay Indio-Bazar, Armenio-Bazar, Judío-Bazar; ó paño-bazar, chinela-bazar, armas-bazar.

Esta division es ventajosa, porque como cada nacion trata en determinados géneros, los compradores, sin molestarse mucho, saben dónde deben ir á buscarlos, y á causa de la competencia que se hacen los mercaderes unos á otros, es casi imposible el fraude.

—Es un espectáculo muy bonito y curioso ver tantas hileras de tiendas con tanta variedad de estofas, babuchas, pipas, tafletes, armas y monturas; pero se me figura que en tiendas tan reducidas no podrán tener un gran surtido.

—Así es, en efecto; pero como todos los géneros que hay en la tienda están á la vista, parece que hay muchos.

Los mercaderes calculan el surtido con arreglo á la venta que tienen, y si les falta corren á los almacenes que cada uno tiene en el mismo bazar á ó en sus inmediaciones.

—Sin embargo, noto que hay algunas tiendas más grandes que las demás.

—Esas son los *Kans* ó almacenes. Lo que tú ves no son más que las entradas; dentro hay unos grandes patios donde están los almacenes, en los cuales no se vende nada sino por mayor.

—Esto es muy cómodo para todos, porque no vendiéndose en los *Kanes* ni en los *Bazares* nada al fiado, el comerciante se contenta con una ganancia moderada, y el que vende al por menor no necesita gran capital para montar una tienda, porque cuando agota sus géneros tiene cerca donde surtirse.

—¿Y esas tiendas donde tanta gente entra y se oye música?

—Esos son cafés, barberías ó pastelerías donde se venden berengenas fritas, albóndigas sazonadas con sal, pimienta y cebollas, y el famoso *Kabub*.

—¿Qué es eso?

—¿Quieres que entremos á probarlo?

—Muchas gracias; prefiero que me lo expliques, pues no me parece que la limpieza ha de dominar en esas cocinas.

—Así es la verdad; pero el que viaja se ha de acostumar á todo.

El *Kabub* es una especie de salchicha sin tripa, ó para que lo entiendas mejor, una pasta de carne de seis pulgadas de ancho, dos de largo y media de grueso.

La pasta está preparada, pero cruda; y al momento de servir la ponen en unas parrillas al fuego de un anafre, y en dos minutos queda lista; entonces la ponen sobre una torta, porque los platos son objeto de puro lujo, y se la sirven al parroquiano.

—¿Con que te animas?

—No, chico, no me seduce ese manjar; pero como estoy cansado, entraremos si quieres en un café.

—Pues sígueme, que allí veo uno que no tiene mala traza. Poco despues los dos amigos entraban en una gran pieza cuadrada, cuyas paredes blancas estaban cubiertas hasta la altura de apoyo por una estera de junco de vistosos colores.

J. ALVAREZ PEREZ.

(Continuará.)

BIBLIOGRAFIA.

Sueños del alma, por D. Antonio Aguilar y Cano.—Málaga, 1878.

Acabo de leer el nuevo libro que ha publicado el distinguido literato D. Antonio Aguilar y Cano, y apenas si la torpe pluma acierta á expresar toda la admiracion que ha producido en mí la elegancia de su estilo, su frase siempre culta y galana, la gracia ática y la andaluza gallardía de sus períodos.

¿Cuál es el mejor de los artículos literarios, con tanto gusto coleccionados por mi ilustrado y cariñoso amigo?

No lo sé; que es tanta su belleza, tanta su verdad, y palpita la idea del bien con tal fuerza en cada uno de ellos, que el alma, indecisa, hambrienta de la emocion estética, sacudida fuertemente por sus bellísimas alegorías, por sus símbolos, por los inimitables cuadros que á la asombrada vista presenta, no sabe ni quiere escoger ninguno, temiendo perder los demás, porque, anonadada la voluntad, sólo queda vivo el sentimiento.

Siga animoso el distinguido literato de que nos ocupamos, por la gloriosa senda que ha emprendido, que si la gloria que alcanzarse puede, como él dice muy bien, es efímera en este bajo mundo, y sobre todo "con relacion al tiempo infinito," eso es sólo bajo el punto de vista de la fria razon; pero el sentimiento, templado en atmósfera más alta y pura que la que nos rodea, teniendo siempre presente el ideal de perfeccion que alumbrá nuestra oscura conciencia, el que forma los santos, los artistas y los héroes; el que nos hace preferir la honra á la vida, el que no puede engañarnos, por que es la Naturaleza, y ésta, manifestacion tangible de Dios en el universo.

Desde el artículo *Un cuadro viejo*, el autor se eleva de una manera que sorprende, y forma y fondo todo es bellísimo, cual cristalización maravillosa, diríase que su espíritu es arrebatado por la fiebre de la inspiracion, pues semejante al águila de potente vuelo que surca los espacios para beber gota á gota el auro rayo del ardiente Febo, así dejando las bajas regiones de la impura realidad, se cierce en las alturas de lo ideal y se enrojece al contacto del amor divino.

Hay momentos, y lo digo con toda sinceridad, en que, al leer sus brillantes páginas, pensárase que aquella péñola que por "lueños años fué colgada" renacia entre nosotros, para dar vivo testimonio de que la lengua española, es la hermosa lengua que debieron hablar los ángeles.

LEOPOLDO PAREJO.